



CONTENIDO

EDITORIAL	3
SAN MARTÍN, SU ENTREVISTA CON BOLÍVAR EN GUAYAQUIL Y RETIRO DEL GOBIERNO DEL PERÚ Benjamín Rosales Valenzuela	5
ALFARO, PRESIDENTE AMIGO DE LOS EMPRESARIOS Guillermo Arosemena Arosemena	23
Especial para <i>Spondylus</i> BICENTENARIO EN CHILE: LA CELEBRACIÓN DE UNA LABORIOSA CONSTRUCCIÓN POLÍTICA Sergio Grez Toso	40
GUAYQUICHUMA: EL SOL DE VERANO Rodrigo Murillo Carrión	56





EDITORIAL

Los manabitas tenemos por costumbre, muy peculiar por cierto, admirar con verdadera unción a otro manabita que se destaque, siempre y cuando, ese destaque se logre viviendo en otras regiones de la patria. El que vive entre nosotros, el que es parte del paisaje rutinario de nuestras vidas, no tiene nuestra admiración, por más que se presuma su valía. Así pues, hay que vivir en otros lares para ser considerado por estos.

Constantino Mendoza Moreira fue parte del Portoviejo que habitamos en nuestra adolescencia y adultez. Erguido y serio, con una formalidad propia del ciudadano de inicios de siglo XX, lo hemos visto pasar sabiendo que era un compositor. En esa época, pocos podíamos entender que convivía con nosotros un gran compositor y un hombre, que amó tanto a la ciudad y a la provincia, que sacrificó un futuro musical más publicitado por radicarse entre nosotros.

Quizás ahí radique el drama del manabita talentoso: amante a ultranza de su tierra, sabe que quedándose, la falta de apoyo, de publicidad y de oportunidades, va a hacer languidecer su obra; y también sabe que saliendo a radicarse en otras ciudades puede hacer florecer su arte. Decide

quedarse, decide sacrificar la grandeza de su labor, la difusión nacional de la misma, y muchas veces la ganancia material tan necesaria, para vivir en la tierra en donde será pobremente reconocido, pero en donde, supone, va a ser feliz.

Pianista desde los cuatro años de edad, solo porque su padre compró un piano y empezó a enseñarle, ya a los 6 años de edad causaba asombro a su maestra Clemencia Robles quien sentía que ya no podía enseñarle más. Lo mismo sucedió con la profesora costarricense Zoraida González. De ahí en más, la vida del compositor fue una constante partida, sabiendo sus potencialidades, y un constante retorno amando a Portoviejo. Quito, Panamá, Nueva York, San José en conciertos de música clásica en giras de meses o pocos años y luego el retorno buscando los olores de los tamarindos.

Es como si las realidades que suministran al compositor los materiales para sus obras hayan estado invariablemente en Portoviejo. Y viviendo aquí, en la mancuerna necesaria, llevó a los poetas de casa en las letras de los pasillos sentidos. Creo que allí radica la grandeza del legado de este portovejense. Privilegió a los poetas manabitas y propulsó una música regional.

Si de las más de trescientas composiciones musicales que dejó plasmadas en su larga vida, mucho más de la mitad de ellas tienen como respaldo los versos de manabitas.

En un número de la *Revista Argos* de 1924, cuando el compositor tiene 26 años, al pie de una foto del músico se comenta: *“tiene el mérito de haber alcanzado prestigios y lauros al solo esfuerzos de su talento y de su constancia, no obstante la pobreza artística del*

ambiente...no obstante al ambiente poco propicio en el que vive...”

Creo que ahí radica el gran ejemplo que dejó Constantino Mendoza Moreira. Un ejemplo de que la lucha es desde adentro, que se puede trascender y hacer grande a la ciudad desde *lo poco propicio y la pobreza*, y que lo facilista de la emigración, de triunfar afuera y regresar para las fiestas, es nada más y nada menos como poner el huevo afuera y venir a cacarear acá adentro.



SAN MARTÍN, su entrevista con Bolívar en Guayaquil y retiro del gobierno del Perú*

Benjamín Rosales Valenzuela**

Des-idealizando a los libertadores

En algunos países o regiones de Sudamérica, historiadores con afanes nacionalistas resaltan las figuras de los libertadores Bolívar y San Martín, queriendo elevarlas a un nivel sobrehumano, al retratarlos como intachables, justifican todos sus excesos y errores, que sin duda cometieron, culpando a la falta de apoyo y colaboración de otros, los fracasos por ellos incurridos.

El año pasado, en el Congreso Extraordinario de esta Asociación, realizado en Ecuador con motivo del Bicentenario de la Revolución de Quito, don Elías Pino Iturrieta, director de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, dictó una brillante conferencia sobre la extralimitación de la historiografía de la independencia de su país titulada, “La Independencia de Venezuela: propuestas para cohabitar con sus estatuas”. En ésta sugiere la necesidad de reconstruir “interpretaciones más apegadas a la realidad en la cual se han regodeado la retórica y la política hasta nuestros días”. Nos dice que sobre Bolívar se han realiza-

do estudios excesivamente entusiastas promoviendo un culto con el beneplácito de gobiernos. Dice Pino: “El tabernáculo impide reflexiones sobre temas medulares, como los relativos a la creación de Colombia y a su posterior desmembración, hasta ahora rodeados de subterfugios”.¹

El historiador inglés John Lynch ha hecho estupendos trabajos sobre la América española y el proceso independentista, que, realizados con un alejamiento de pasiones localistas, van en la línea de interpretaciones modernas bajo una perspectiva continental y a través de ópticas diversas, como cree necesario nuestro colega académico venezolano. Luego de casi cincuenta años como profesor de Historia de Latinoamérica, principalmente en la Universidad de Londres, Lynch ha publicado dos estupendas biografías,

* Discurso en el XII Congreso de Academias Iberoamericanas de Historia. Buenos Aires, agosto 1 de 2010.

** Director del capítulo Guayaquil de la Academia Nacional de Historia de Ecuador.

1 Elías Pino, “La Independencia de Venezuela: propuestas para cohabitar con sus estatuas”, discurso en Congreso Extraordinario de Asociación Iberoamericana de Academias de Historia, Quito, 2009.

la primera: *Simón Bolívar, una vida*, en 2006; y, la segunda: *San Martín: soldado argentino, héroe americano*, en 2009. En ellas se refleja el estudio profundo realizado y una visión imparcial de los hechos y personajes, que evidencian un acercamiento del autor a la realidad de los procesos independentistas y sus circunstancias.

Sin embargo, no todos los trabajos históricos de escritores anglosajones sobre la independencia de Sudamérica guardan la misma rigurosidad que los de Lynch, la obra *Libertadores: la lucha de Latinoamérica por la independencia 1810-1830*, del periodista Robert Harvey, publicada en 2000 con buen mercadeo y éxito en ventas, por ejemplo, tiene errores, ocasionados quizá por la ligereza del estudio y amplitud del trabajo, o por el afán de exaltar encima de lo real, las hazañas militares de Bolívar. En el corto capítulo 13 escribe, entre otros errores: que Guayaquil era un puerto histórico del Imperio Inca, omite referencia a la independencia de esta próspera ciudad en octubre de 1820, hecho que posibilitó la llegada de tropas colombianas, en naves guayaquileñas, para fortalecer la guerra emprendida por el Estado de Guayaquil contra el ejército realista en Quito; minimiza los refuerzos enviados por San Martín que posibilitaron el triunfo en Pichincha; confunde a esta heroica batalla con el enfrentamiento previo en Riobamba; escribe que Quito tenía medio millón de habitantes cuando entró Bolívar en junio de 1822.² A más de otras barbaridades como las mencionadas, en la obra de Harvey existen errores conceptuales aún mucho

más graves; para comenzar, pone en un mismo grupo de “libertadores”, en el que con razón figuran Miranda, Bolívar, San Martín y O’Higgins, al “emperador” mexicano Iturbide, al almirante escocés Cochrane y a don Pedro de Brasil, en un grave error de perspectiva histórica.

En años recientes se han abierto espacios de discusión que cuestionan muchas de las acciones y políticas de los grandes líderes que lucharon por, y finalmente lograron, la independencia de Sudamérica de la Corona española. La obra del peruano Herbert Morote, con el sugestivo título: *Bolívar, Libertador y Enemigo No. 1 del Perú* es significativa, ya que reconociendo el genio del general venezolano, que alcanzó el triunfo patriota en las batallas de Junín y Ayacucho, que sellaron la independencia del Perú y Sudamérica, resalta la manera tiránica con que Bolívar actuó en los 21 meses después de esta última batalla. Escribe Morote:

El Libertador expatrió a su más ferviente opositor, Luna Pizarro, junto a otros congresistas que se oponían a sus designios... ordenó el fusilamiento de cuanto soldado protestase... encarceló al almirante Guisse... se deshizo del general argentino Necochea... fusiló a Berindoaga... En resumen, aterrorizó a los peruanos que se le opusieron.³

2 Robert Harvey, *Liberators, latin America's Struggle for Independence 1810-1830*, pp. 193,194, 196.

3 Herbert Morote, *Bolívar, Libertador y Enemigo No. 1 del Perú*, Lima, 2007, p. 112.

Morote cuestiona, además, el manejo de las finanzas y la concesión de minas para el pago de deuda a los ingleses durante el gobierno de Bolívar en el Perú.

En Guayaquil siempre existió un resentimiento, quizá no generalizado, sobre la forma que Bolívar anexó la provincia a Colombia, sin permitir un pronunciamiento popular como pretendía la Junta de Gobierno. Hoy, historiadores guayaquileños, como Guillermo Arosemena, publican artículos evidenciando cómo se perjudicó la economía de la región, por las inmensas extracciones de bienes y personas para la guerra en el Perú y otras políticas bolivarianas que afectaron a Colombia y a la región.⁴

Mucho tiene que escribirse aún sobre los errores políticos que cometió Bolívar, especialmente al pretender imponer un sistema de gobierno fuertemente centralista y presidencialista, que tuvo como consecuencia la final división de su querida Colombia en tres naciones: Venezuela, Nueva Granada y Ecuador. Y es bueno que veamos a los libertadores como figuras de carne y hueso, que conozcamos sus pasiones, ambiciones y debilidades, y dejemos atrás visiones épicas de héroes míticos que solo sirven para penosas emulaciones de actuales líderes de barro.

San Martín y su campaña a través de los Andes

La figura de José de San Martín resalta entre los hombres cuyas acciones hicieron posible la independencia de Sudamérica. Cuando leemos biografías de San Martín nos llama la atención las cruciales y fundamentales decisiones que tomó y que cambiaron el curso de su vida y de la historia de este continente.

La primera gran decisión fue la de regresar a América, al fin y al cabo, poco conocía este hombre a los treinta y cuatro años de edad de su tierra natal, más allá de un vago recuerdo, pues su familia había partido para la península ibérica cuando él tenía apenas seis años. San Martín había hecho una nada despreciable carrera militar de veinte y un años al servicio de España, la que debió abandonar, así como lo hizo con su madre y hermanos. El prócer debe haber sentido una terrible decepción con la monarquía borbónica que había llevado a España a la crisis más grande de su historia, e influenciado en su determinación el pensamiento de sus amigos americanos, que en el Cádiz de 1811, se reunían para analizar los acontecimientos en América y planificar su retorno al continente, para integrarse a los primeros esfuerzos independentistas. Lynch hace unas interesantes reflexiones sobre esta vital decisión del patriota argentino:

Había ya un sentido de destino en San Martín. Su preferencia por su

4 Guillermo Arosemena, *¿Fue Bolívar estadista?*, <<http://independent.typepad.com/elindependent/2010/03/fue-bol%C3%ADvar-estadista-i.html>>.

tierra natal fue una decisión calculada, basada en una compulsión interior la que casi prevenía su elección... En 1811 él vio lo que tenía que hacer: si permanecía en España el sería nadie. Si regresaba a Argentina él podría lograr cosas grandes para una causa mayor.⁵

Gracias a las conexiones hechas en Cádiz y Londres con miembros de la Sociedad de Caballeros Racionales, en especial Carlos Alvear, ni bien llegó a Buenos Aires fue presentado al triunvirato gobernante e incorporado al ejército patriota con el rango de teniente coronel, el mismo que tenía en el español. Se conectó socialmente, y apenas seis meses después de llegado a la ciudad se casó con la hija de un porteño acaudalado en septiembre de 1812.

Su profesionalismo en la preparación del batallón de caballería, que se estrenó con éxito en San Lorenzo a comienzos de 1813, catapultó su prestigio por lo que se le encargó organizar las defensas de Buenos Aires. Luego de la terrible derrota sufrida por el Ejército del norte, que intentaba liberar al Alto Perú, en noviembre de ese año en Ayohuma, San Martín fue enviado a ese frente con refuerzos para las desconcertadas tropas al mando del general Belgrano.

Los meses entre 1814 y 1816 fueron críticos para la revolución sudamericana, se había acabado la guerra peninsular y restablecido la monarquía de Fernando VII, lo que le permitió a España enviar las fuerzas lideradas por el general Morillo que aplastaron a los independentistas venezolanos y neo-

granadinos; desde el Alto Perú los realistas amenazaban con tomar Tucumán; fuerzas enviadas desde Lima aplastaron a los divididos patriotas chilenos en Rancagua en octubre de 1814. Estos reveses hacían ver a la independencia como una meta inalcanzable.

En Tucumán, mientras organizaba el alicaído ejército e impulsaba la formación de efectivas guerrillas, lideradas por el gaucho Martín Güemes, San Martín reflexionaba sobre la estrategia más conveniente para lograr la libertad de Sudamérica. Continuar con el intento de liberar el Alto Perú desde el sur era difícil porque se enfrentaban a tropas abastecidas desde Lima, el centro del poderío español en Sudamérica era un territorio de altas elevaciones para lo que no estaban preparadas las tropas porteñas y sus habitantes respaldaban a los realistas. Una invasión por mar desde Valparaíso a Lima tendría mejores posibilidades de éxito, contando que los habitantes de la costa peruana estarían más dispuestos a apoyar la independencia que los del altiplano. De ahí nace el Plan Continental de San Martín, según Lynch:

Su estrategia estaba basada en la tesis de que la revolución sudamericana no se podía asegurar hasta que el corazón del poder español en Perú haya sido destruido.⁶

5 John Lynch, *San Martín: argentine soldier, american hero*, 2009, p. 24.

6 *Ibíd.*, p. 64.

Es posible que la idea del plan se haya originado en la expedición propuesta por el coronel Paillardelle en 1813, o que San Martín conociera, cuando estuvo en Londres, el plan para atacar al imperio español presentado por el escocés Maitland al gobierno británico cincuenta años antes, pero fue él quien decidió “usar todo su poder de persuasión ante sus jefes políticos en Buenos Aires para introducir y preservar su plan”.⁷

Para ejecutar esta estrategia, San Martín debió abandonar el Ejército del norte y formar el Ejército de los Andes, con muy poco apoyo del gobierno de Buenos Aires, que se debatía en una inestabilidad inaudita. El régimen del segundo triunvirato fue reemplazado por el director supremo Posadas, luego sería el propio Alvear quien asumiría el poder político en base al mando militar que ya ostentaba. San Martín, para realizar sus propósitos, consiguió el nombramiento de gobernador de la Intendencia de Cuyo, llegó a Mendoza en septiembre de 1814 y desde ahí formó el ejército independentista.

A pesar de la falta de apoyo económico de los gobiernos de Buenos Aires, San Martín organizó las fuerzas de defensa de la Intendencia, la que luego de la derrota de los chilenos en Rancagua, corría el riesgo de ser invadida por tropas realistas. Tuvo que poner bajo control a las fuerzas de los hermanos Carrera, organizar la fabricación de uniformes, armas y

pertrechos para el ejército, tomar medidas para mejorar la administración de Mendoza, incluso se preocupó del riego y la producción agrícola de la provincia.

El caos en el gobierno de la Provincias Unidas del Río de la Plata continuó en 1815 con la caída de Alvear en el mes de abril, el directorio nombró al general Rondeau como director supremo, quien asumió el mando del Ejército del norte con el fin de lanzar una tercera expedición al Alto Perú, la misma que, como había prevenido San Martín, sufrió otra desastrosa derrota en Sipe Sipe.

Con la llegada al poder de Pueyrredón, cambió la suerte de San Martín, según Pérez Pardilla: “Por fin había llegado al gobierno el hombre con genio de estadista y garra de gobernante, que daría el apoyo para la creación de un gran ejército”.⁸

En los casi tres años en que San Martín estuvo en Mendoza, formando el Ejército de los Andes, demostró su capacidad administrativa, sus habilidades como jefe militar y político, pues logró el total apoyo de la población de Cuyo a la causa de la independencia de Chile y América.

En enero de 1817, el ejército al mando de San Martín emprendió el cruce de los Andes; y, el 12 de febrero triunfó brillantemente en Chacabuco, dos días después ocupó Santiago, convocó una asamblea, la que el día 16 nombró a O’Higgins como director supremo de Chile, como el libertador había propuesto. Las tropas realistas al mando de Osorio se atrincheraron

7 *Ibid.*, p. 65.

8 Agustín Pérez Pardilla, *José de San Martín, el Libertador cabalgando*, 1997, p. 158.

al sur en Talcahuano e incluso amenazaron nuevamente la independencia de Chile, luego del triunfo que obtuvieron contra las tropas de O'Higgins en Cancha Rayada el 19 de marzo de 1818. El Ejército español en Chile fue finalmente derrotado por los patriotas al mando de San Martín el 5 de abril en la batalla de Maipú.

En mayo, San Martín fue recibido gloriosamente en Buenos Aires como libertador de Chile, pero eso no garantizó el apoyo de Argentina para la nueva etapa del Plan Continental, la liberación de Perú, porque los gobiernos de la república enfrentaban caos y anarquía por los enfrentamientos entre centralistas y federalistas. El General atravesó los Andes tres veces para buscar un apoyo que le fue esquivo.

San Martín luchó, a capa y espada, para conseguir recursos y llevar a cabo su propósito de liberar el Perú, su decisión en 1811 de regresar a su América natal, no era solo para reforzar la independencia de Buenos Aires, o de las provincias del Río de la Plata, no era suficiente liberar Chile, ninguna de estas estaría asegurada mientras se mantuviera en Lima el poderío español. San Martín no era un hombre impulsivo, tomó decisiones luego de profunda meditación y después de hacerlo las sostenía con firmeza. A pesar de no contar con suficiente apoyo del gobierno de Buenos Aires, se empeñó en su objetivo. Contó eso sí, con la decidida colaboración de su amigo O'Higgins y el gobierno chileno, que formó la Armada comandada por Cochrane, la que posibilita-

ba la invasión al corazón del imperio español en Sudamérica. Finalmente, la expedición independentista partió de Valparaíso en agosto de 1820, San Martín tenía la esperanza de que al llegar a costas peruanas, se le unieran miles de voluntarios para reforzar el ejército patriota y poder someter a las fuerzas españolas del virrey Pezuela.

Independencia de Guayaquil

La noticia del triunfo de Bolívar en Boyacá creó la expectativa en algunos jóvenes de Guayaquil sobre la fortaleza del proceso independentista. A fines de septiembre de 1820 se conoció que la expedición de San Martín había llegado a costas peruanas, así mismo, arribaron a la ciudad tres oficiales venezolanos expulsados, por favorecer la revolución, del batallón español Numancia que estaba estacionado en Lima. Con ese motivo, José Villamil, natural de Nueva Orleans radicado en Guayaquil, y José Antepara organizaron sendas reuniones con los venezolanos León Febres Cordero, Miguel Letamendi y Luis Urdaneta, oficiales peruanos del Batallón de Granaderos estacionados en la ciudad y jóvenes guayaquileños adictos a la causa independentista, para organizar una revolución que libere a Guayaquil del dominio español. Uno de los más jóvenes, Febres Cordero, exponía así los motivos para realizar el golpe:

De la revolución de esta importante provincia puede depender el éxito de ambos generales (Bolívar y San

Martín), en razón al efecto moral que produciría, aunque nada más produjera.⁹

Parecía indigno para los convocados que uno de los ejércitos libertadores llegara cuando la ciudad no esté aún liberada.

En la provincia había cerca de mil quinientos hombres de guarnición entre granaderos de reserva, milicias, un escuadrón de caballería, una brigada de artillería y la tripulación de siete cañoneras; sin embargo, entre los complotados estaban algunos oficiales criollos. Entre la noche del 8 de octubre y la madrugada del 9 se tomaron los cuarteles con la muerte del comandante español, apresaron al gobernador y las principales autoridades, y declararon la independencia de Guayaquil.

En primera instancia se nombró presidente de la junta gubernativa al coronel Escobedo, y enseguida se comisionó a Villamil para que llevara noticias de la revolución y entregara los prisioneros al general San Martín. Villamil relata en su reseña de los acontecimientos, su encuentro con la Armada comandada por el almirante

Cochrane el 31 de octubre, que se encontraba a las afueras de la rada del Callao preparando el asalto al *Esmeralda*, y su entrevista con el libertador San Martín, que estaba en Ancón. No podía el General dar mucha ayuda a los revolucionarios, pero sí envió 150 carabinas y a los coroneles Guido y Luzuriaga como comisionados ante el gobierno de Guayaquil.

Durante los primeros días después de la revolución, Escobedo apresó y confiscó los bienes de los vecinos españoles de la ciudad, causando una gran consternación en la misma, y envió, sin las previsiones ni hombres suficientes, una expedición militar a Quito. Las acciones abusivas de Escobedo contra los peninsulares, a pesar de que muchos de ellos favorecían la independencia, provocó la reacción ciudadana, treinta días después del golpe revolucionario se reunió un cabildo abierto que destituyó a Escobedo y nombró una nueva Junta de Gobierno presidida por el patricio José Joaquín de Olmedo que liberó a los presos y les restituyó sus bienes.¹⁰ Esta Junta promulgó pocos días después un Estatuto Provisorio republicano y liberal que rigió durante la vigencia del Estado de Guayaquil hasta julio de 1822.

Las tropas de la Provincia, en su avance a Quito, después de pequeños encuentros exitosos con brigadas enemigas, sufrieron a fines de noviembre una aparatosa derrota ante fuerzas muy superiores en los llanos de Huachi. Al coronel Luzuriaga se le encargó reorganizar las fuerzas que sobrevivie-

9 José Villamil, *Reseña de los acontecimientos políticos y militares de la provincia de Guayaquil, desde 1813 hasta 1824, inclusive*, Lima 1863. Republicado "La Independencia de Guayaquil", BCE, 1983, p. 14.

10 Emilio Roca, *Recuerdos históricos de la emancipación política del Ecuador y del 9 de Octubre de 1820*, Guayaquil, 1900. Republicado: *La Independencia de Guayaquil*, BCE, 1983, pp. 91-93.

ron al desastre y evitaron que la ciudad fuera tomada por tropas realistas.

Las lluvias de la estación invernal impidieron que eso sucediera; mientras tanto, Bolívar, al conocer la Independencia de Guayaquil, envió primero al general Mires con una compañía de soldados experimentados y, luego, al general Sucre con 600 hombres, que se constituirían en la base del ejército libertador del territorio quiteño. Sucre llegó a la ciudad con la disposición de agregarla a Colombia, lo que fue rechazado por la Junta de Gobierno que lo nombró, sin embargo, jefe del Ejército.

La Junta de Gobierno no accedió al pedido de Bolívar porque entre los ciudadanos de Guayaquil habían tres tendencias independentistas y republicanas: la primera tenía el apoyo de algunos miembros de la Junta y comerciantes prominentes, favorecía la unión con Perú cuando este país se independice; otra que admiraba a Bolívar y favorecía la integración de la provincia a Colombia; la tercera, respaldada por Olmedo y que era la más popular, creía que la Provincia, junto al territorio de la Presidencia de Quito, debía ser una república independiente de Colombia y Perú.¹¹

La campaña de 1821 se inició con el triunfo patriota en Cone, un llano en la costa cerca de Guayaquil, pero luego el ejército independentista fue derrotado nuevamente en los campos de Huachi, en la sierra central cerca de Ambato al sur de Quito. Bolívar, que dirigía el grueso del ejército colombiano desde Popayán, no podía

enviar suficientes refuerzos a Sucre en Guayaquil por lo que pidió al general San Martín, en noviembre de ese año, el envío del batallón al mando de Heres, o "cualquier otro cuerpo que pueda ser destinado a Guayaquil, de los del ejército del mando de VE".¹² El general San Martín respondió generosamente asignando al general Santa Cruz para que se pusiera a las órdenes del general Sucre con 1400 hombres, los que junto a cientos de reclutas de Guayaquil, Cuenca y Loja completaron el ejército que selló la liberación de la antigua Presidencia de Quito en la sangrienta Batalla de Pichincha el 22 de mayo de 1822.

San Martín como protector del Perú

Desde que partió la expedición libertadora del Perú de Valparaíso el 21 de agosto de 1820, se hizo evidente que la relación del general San Martín con el almirante Cochrane iba a ser conflictiva. Según Lynch, al escocés se lo puede describir como: "un mercenario superior, marino profesional con características de valor, fanfarronería y originalidad que le dieron fama durante la guerra napoleónica".¹³

La primera confrontación ocurrió cuando San Martín decidió, con

-
- 11 José Villamil, *Reseña de los acontecimientos políticos y militares de la provincia de Guayaquil, desde 1813 hasta 1824, inclusive, ibíd.*, p. 38.
 - 12 Simón Bolívar, *Obras Completas*, vol. I, La Habana 1947, p. 607.
 - 13 John Lynch, *San Martín, argentine soldier, american hero*, 2009, p. 111.

una actitud cauta, desembarcar en Pisco, mientras el Almirante quería continuar al Callao, enfrentar a los realistas y ocupar la capital, aprovechando el factor sorpresa. La estrategia de San Martín, de ir ganando territorios y reclutas en los alrededores de Lima, según Cochrane, era muy costosa pues había que mantener la flota inactiva. San Martín quería evitar un sangriento enfrentamiento con los realistas para ganar la mente y corazón de los peruanos, que se unirían así a la causa libertadora, e influirían al Virrey para lograr un acuerdo de independencia, en la forma de una monarquía constitucional, encabezada por un príncipe español. Sin embargo, según los hechos, se demostró que el general argentino sobrestimó el apoyo popular peruano a la causa independentista.¹⁴

De Pisco, el General reembarcó el 23 de octubre y fue primero a Ancón, donde lo visitó la delegación guayaquileña, encabezada por Villamil, con las noticias de independencia; y luego, más al norte, al valle de Huaura donde permaneció seis meses. Cochrane no se quedaba tranquilo, el 5 de noviembre asaltó con éxito la fragata española *Esmeralda* que estaba anclada en Callao.

La actitud conservadora de San Martín contribuyó para que Torre Tagle lidere a Trujillo en su declaración de independencia el 29 de diciembre y que oficiales criollos como Gama-

rra, Santa Cruz y Castilla, se unieran al ejército libertador. Mientras las fuerzas de Miller y Arenales acosaban a los españoles por tierra, Cochrane dominaba los mares, lo que provocó que el Batallón Numancia se adhiera a la causa libertaria y que oficiales realistas depusieran al virrey Pezuela, reemplazándolo con el general La Serna el 29 de enero de 1821.

Una segunda expedición del general Arenales a la región andina en abril fue interrumpida por la firma de un armisticio entre La Serna y San Martín el 23 de mayo, que fue aprovechado por el Virrey para evacuar Lima y fortalecerse en la sierra. San Martín entró victorioso en la capital del Virreinato el 12 de julio y el 28 se proclamó la independencia de Perú. Comenzó la administración del Protector en Lima aunque no se había presentado aún ninguna batalla entre los ejércitos rivales. San Martín permitió que el general Canterac con 3000 hombres cruzara frente a Lima hacia la fortaleza del Callao, que estaba en manos realistas, la abasteciera, y, luego, se retirara a la sierra con el tesoro y sus hombres, sin enfrentarlos. Esta actitud fue muy criticada por Cochrane y algunos de los oficiales patriotas, haciéndole perder popularidad al libertador, la que no recuperó ni con la rendición de la fortaleza y el cambio de su comandante, el general Lamar, el 19 de septiembre, al ejército independentista.¹⁵

Pocos días después, luego de innumerables comunicaciones entre Lord Cochrane y el ministro Montea-

14 *Ibid.*, pp. 121-123.

15 *Ibid.*, pp. 133-134.

gudo, reclamando el primero la paga de sus tripulantes y provisiones, así como la acción ilegal de la Armada al apoderarse de dineros y bienes en Ancón, el Ministro le indica al Almirante que:

ha resuelto S. E. salga usted inmediatamente para los puertos de Chile con la Escuadra a su mando, devolviendo antes el dinero y pastas particulares que ha tomado.¹⁶

El Almirante intentó justificar sus acciones en comunicaciones posteriores, pero el rompimiento entre Cochrane y San Martín fue definitivo, debió salir el Almirante de Callao a comienzos de octubre.

El ejército de San Martín se componía de peruanos, chilenos, colombianos y argentinos, lo que ocurrían celos entre ellos, sobre todo porque el General manifestaba preferencia por los primeros para estimular el entusiasmo revolucionario entre la población del país; además, los neogranadinos y venezolanos, que se habían sublevado del batallón español Numancia, exigían el retorno a Colombia.¹⁷ La derrota de las fuerzas comandadas por el general peruano Tristán en Ica, en abril de 1822, aumentó el descrédito del Protector entre los oficiales del ejército, quienes injustamente lo culparon del fracaso.

Los reveses militares del ejército libertador del Perú causaron que la política implantada por Monteagudo, con la venia del Protector, de acosar a los peninsulares establecidos en Lima,

se acentuara. El propio ministro tucumano declaró en sus memorias, que de diez mil españoles distribuidos en todos los rangos cuando llegó el ejército libertador, quedaban menos de seiscientos cuando lo expulsaron del Perú.¹⁸ Esta política, que generó ingresos al gobierno, por la confiscación de bienes de los desterrados que fueron distribuidos entre los oficiales, causó un deterioro económico por el abandono de propiedades productivas, y pérdida de apoyo de ciudadanos que consideraban abusivo los atropellos cometidos. En menor escala, y por apenas un mes, esta política de arbitrariedades e injusticia contra españoles fue la que siguió Escobedo en Guayaquil a partir de octubre de 1820, lo que motivó su destitución y expulsión por la nueva Junta de Gobierno.

Las situaciones política y militar no eran muy ventajosas para José de San Martín cuando salió de Lima por segunda vez para entrevistarse con Bolívar. El viaje que inició a comienzos de 1822 se interrumpió cuando supo que el Libertador no podía llegar a Guayaquil.

16 *Documentos para la historia del libertador general San Martín*, t. XVIII, Buenos Aires, MMI, p. 133.

17 José Coroleu, *América, historia de su colonización, dominación e independencia*, t. IV, Barcelona, 1896, p. 243.

18 *Ibid.*, p. 247.

La entrevista con Bolívar en Guayaquil

El encuentro entre Bolívar y San Martín en Guayaquil es uno de los eventos históricos más analizado y comentado por los estudiosos. Nunca se podrá saber con certeza qué se dijeron los dos generales en un total de seis horas que duraron las tres entrevistas que tuvieron en los días 26 y 27 de julio de 1822. Historiadores venezolanos, como don Vicente Lecuna, rechazan la autenticidad de la misiva que San Martín envió a Bolívar desde Lima dada a conocer por el francés Lafond en 1844; y, algunos argentinos creen que falta veracidad en las memorias enviadas por el secretario de Bolívar, José Gabriel Pérez al secretario de Relaciones Exteriores en Bogotá y al Intendente del Departamento del Sur. Tres fueron los temas principales que debieron abordar los libertadores y que motivaron el famoso encuentro.

Primero. Sin duda, uno de los propósitos del viaje de San Martín a Guayaquil era apoyar la voluntad de la Junta de Gobierno, de que la ciudad escoja libremente su destino. Había manifestado el Protector al Presidente de la Junta, en agosto del año anterior, que él no haría sino seguir la voluntad del pueblo, y considerar a la provincia en la posición política que ella mismo se coloque. El asunto de Guayaquil ya lo habían tratado los liberta-



dores, el 3 de marzo de 1822 San Martín le dirigió una carta a Bolívar, en la que le expresaba el sentimiento que tenía por la intimidación que le hacía el Libertador al gobierno de Guayaquil para que se agregue la provincia a Colombia, y le pedía: “Dejemos que Guayaquil consulte su destino y medite sus intereses para agregarse á la sección que le convenga”.¹⁹ Bolívar recibió esa carta con mucho retardo, como él mismo dice en su contestación del 22 de junio desde Quito, en la que manifiesta: “Y no pienso como V. E. que el voto de una provincia debe ser consultado para constituir la Soberanía Nacional”. Escribe que el gobierno de Colombia había resuelto no permitir, por más tiempo, la existencia de la Junta, y luego reitera no creer que Guayaquil tenga derecho a expresar su voluntad para incorporarse a la República, pero que consultará al pueblo porque este es digno y para que el mundo vea: “Que no hay pueblo de Colombia que no quiera obedecer sus sabias leyes”.²⁰ Es posi-

19 *Documentos sobre la entrevista de Guayaquil*, Guayaquil, 1972, p. 15.

20 *Ibid.*, pp. 8-9.

ble que esta comunicación, en la que el Libertador manifiesta su resolución sobre el asunto de Guayaquil, no le haya llegado al Protector antes de su partida del Callao, puesto que en la relación que hace uno de sus acompañantes, Rufino Guido, expresa que uno de los objetivos reservados del viaje, era apoderarse de la provincia que se había declarado a favor del Perú; al llegar a Puná conocieron que Bolívar ya había agregado Guayaquil a Colombia, por lo que San Martín cambió de planes y ordenó que el convoy con dos batallones que lo seguía, regresara al Callao.²¹

San Martín era un hombre práctico, ya nada podía hacer con respecto a Guayaquil ante un *fait accompli*, Bolívar se había adelantado o él había llegado tarde. En la carta de Bolívar a Santander le dice que el Protector le ofreció eterna amistad hacia Colombia, intervenir a favor del arreglo de límites y no mezclarse en los negocios de Guayaquil. Pérez en sus informes dice que San Martín afirmó que nada tenía que decir sobre Guayaquil, y que Bolívar le contestó que él había llenado los deseos del Protector de consultar al pueblo, el que estaba convocado para expresarse el 28 del mes, el día en que partió San Martín de regreso al Callao.

Rufino Guido dice que al día siguiente de la partida, a bordo del *Macedonia*, San Martín le dijo: "¿Qué le parece a usted cómo nos ha ganado de mano el Libertador Simón Bolívar?", confiando que Colombia no se quedaría con Guayaquil luego que el Perú acabe con los chapetones, ya que

el Protector percibía que el pueblo en masa quería ser anexado al Perú.²²

En la controvertida misiva de San Martín a Bolívar fechada en 29 de agosto, el Protector manifiesta:

Nada diré a usted sobre la reunión Guayaquil a la República de Colombia. Permítame, General, que le diga, que creí que no era a nosotros a quienes correspondía decidir este importante asunto. Concluida la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos estados de Sudamérica.²³

Algo de premonición tiene esta sentencia de San Martín, la guerra entre Perú y Colombia en 1828 estuvo, en gran parte, motivada por los deseos peruanos de agregar a su territorio a Guayaquil, intención que tuvo otra vez el general Castilla cuando Ecuador se había separado de Colombia, y Perú ocupó Guayaquil en 1859. Si Bolívar hubiera permitido que la Junta de Gobierno convoque al pueblo libremente a expresar sus deseos, seguramente éste hubiera decidido su integración a Colombia, dada la popularidad del Libertador, pero se hubiera evitado el malestar peruano que provocó que sus gobiernos invadieran dos veces la ciudad en los primeros treinta y cinco años de independencia del Perú.

21 *Ibíd.*, p. 73.

22 *Ibíd.*, p. 77.

23 *Ibíd.*, p. 79.

Segundo. La inestabilidad y el caos en la primera década del gobierno de Buenos Aires, la influencia de la aristocracia de Lima y de Monteagudo, habían persuadido a San Martín que una monarquía constitucional, dirigida por un príncipe europeo, era lo que más convenía para el Perú. Ese fue uno de los temas conversados en la entrevista, y con el que Bolívar discrepó con San Martín. En los informes enviados por el secretario Pérez, y que seguramente el Libertador dictó, se afirma que Bolívar contestó que esto no convenía a América ni a Colombia, pero que él no se opondría a la forma de gobierno que cada Estado quiera darse. Por ese informe podemos entender que el Libertador estaba más en contra de la venida de príncipes europeos que de una monarquía constitucional como tal, pues dice: "Que S. E. habría preferido invitar al general Iturbide a que se coronase con tal que no viniesen Borbones, Austriacos, ni otra dinastía europea".²⁴

Bolívar, por la experiencia de la primera etapa de la República de Venezuela, era opuesto al federalismo y favorecía una democracia centralista, como la que estableció en Colombia. Sin embargo, por las dificultades que tuvo para controlar al Congreso, y la necesidad de un gobierno fuerte, incluso dictatorial para lograr la independencia definitiva de Perú, el Libertador posteriormente estuvo a favor de un fuerte presidencialismo, vitalicio,

como consta en las constituciones que propuso para Bolivia, Perú y Colombia. En algo influyó el pensamiento de San Martín, opuesto a un republicanismo que podía degenerar en caos y desorden, en las ideas bolivarianas.

Tercero. Sobre la ayuda militar que debía darle Colombia al Protector para la independencia de Perú, es donde más difieren las versiones de la entrevista. Pérez menciona que conversaron sobre la Federación de los dos países, sobre el apoyo del Protector para el arreglo de límites, pero que éste había venido a Guayaquil como una simple visita sin empeño político ni militar, "pues ni siquiera habló formalmente de los auxilios que había ofrecido Colombia y que se aprestaban para partir".²⁵

Según el historiador Lynch, "el recuento bolivariano de la entrevista es un análisis franco de lo que ocurrió, aunque selectivo y parcial".²⁶ En la famosa carta dada a conocer por Lafond, San Martín le expresa a Bolívar que los resultados de la entrevista no son los que esperaba para la pronta terminación de la guerra. Le escribe, seguramente reiterándole lo que le dijo personalmente, que el Ejército del Perú no tenía más que 8.500 hombres disponibles, contra más de 19.000 realistas, y que la división de 1.400 colombianos que el Libertador le enviaba solo servirían para mantener el Callao y orden en Lima. Las excusas que le habría dado Bolívar para no enviar el grueso de su ejército no lo convencían, dice en la misiva: "O que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las

24 *Ibíd.*, pp. 67-68.

25 *Ibíd.*, pp. 66-67.

26 John Lynch, *San Martín, Argentine soldier, American hero*, p. 189.

fuerzas a mi mando o que mi persona le es embarazosa". La excusa de que el Congreso de Colombia no consentiría su separación de la República no le parecía plausible a San Martín.²⁷

Hay una discrepancia en el número de hombres que ofreció Bolívar enviar al Perú, pues en la carta que escribió el Libertador a Santander el 29 de julio, dice que "lleva 1.800 colombianos en su auxilio, fuera de haber recibido la baja de sus cuerpos la segunda vez, lo que nos ha costado más de 600 hombres: así recibirá Perú 3.000 hombres de refuerzo, por lo menos".²⁸ Es posible que Bolívar haya considerado que la ayuda que brindaba sería suficiente para el triunfo de los patriotas, o que como sucedió poco después con la sublevación en Pasto, Colombia necesitaba el grueso del ejército para consolidar la independencia en la República. Sin embargo, San Martín esperaba más, y salió frustrado y defraudado del encuentro.

En 1896 escribió el historiador Coroleu que por el resultado de la entrevista, ésta distó mucho de ser cordial, tanto las miras como los caracteres de los interlocutores eran contrarios, reflexionando así:

Bolívar era locuaz, inquieto; San Martín, tranquilo, frío, reservado; aquél, orgulloso con sus triunfos, tenía formada pobre idea de los soldados del Sur; éste, más modesto o más transigente, hacía caso omiso de las glorias alcanzadas en sus campañas para no pensar en otra cosa sino en mancomunar los esfuerzos en bien de la causa de la

independencia; el primero creyó ver en San Martín una modestia fingida y falsa; el segundo en Bolívar una ambición desapoderada. Ni uno ni otro se comprendieron, y se separaron recelosos y disgustados.²⁹

Esta opinión se corrobora con la carta que San Martín envió al francés Lafond y que se conserva en el museo Mitre, aunque en ésta expresa también su admiración a los hechos militares de Bolívar,

su constancia a prueba que se fortalecía en las dificultades, sin dejarse abatir por ellas, por más grandes que fueran los peligros a los que se hubiera arrojado su alma ardiente.³⁰

Si bien los libertadores no llegaron a ponerse de acuerdo en la entrevista de Guayaquil, no podemos decir que hayan quedado enemistados, las comunicaciones de los dos, en fechas posteriores, evidencian una mutua admiración y respeto entre ellos.

El retiro del protector de la guerra del Perú

Por la forma de ser del general San Martín, tranquilo y calculador, sabemos que la importante decisión de dejar el Perú, no fue hecha a la lige-

27 *Documentos sobre la Entrevista de Guayaquil*, p. 78.

28 *Ibid.*, p. 61.

29 José Coroleu, *América, historia de su colonización, dominación e independencia*, t. IV, Barcelona, 1896, p. 248.

30 *Documentos sobre la Entrevista de Guayaquil*, pp. 83-84.

ra, sino luego de mucha meditación. Son evidentes los problemas políticos y militares que tenía el Protector del Perú; su amigo José García del Río, desde Santiago de Chile, le escribió, en marzo de 1822, sobre los cuentos que en esa capital se decían de él y su gobierno, esparcidos por los oficiales chilenos que habían regresado descontentos del Perú. Le dice García en esa comunicación que unos especulaban en Chile sobre “el golpe de una revolución”, recomendándole que a su regreso, asumiera el mando con solemnidad, y

enseguida procede Ud. a la apertura del Congreso, y allí puede renunciar al mando político, sin que entonces tenga nadie que morder a Ud., ni quede lugar a creer que el paso ha sido forzado.³¹

En Guayaquil, San Martín le dijo a Bolívar, según la comunicación que el Libertador dirigió a Santander el 29 de julio, “que se retirará a Mendoza, porque está cansado del mando y de sufrir a sus enemigos”.³²

Cuando el Protector llegó a Lima de regreso de la entrevista, encontró que el ministro Monteagudo había sido depuesto y deportado, y su posición política se había deteriorado. En

la carta que le dirigió a O’Higgins el 25 de agosto le dice que va a llegar la época que tanto ha suspirado y que se retirara después de convocar al Congreso, le adelanta una explicación para esta decisión:

Ud. me reconvendrá por no concluir la obra empezada, Ud. tiene mucha razón, pero más tengo yo. Créame, amigo mío, ya estoy cansado de que me llamen tirano, que en todas partes quiero ser rey, emperador y hasta demonio; por otra parte, mi salud está muy deteriorada, el temperamento de este país me llevan a la tumba, en fin, mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles, y mi edad media, al de mi Patria; creo que tengo derecho de disponer de mi vejez.³³

San Martín convocó al Congreso del Perú tan pronto llegó de Guayaquil, el mismo que se reunió el 20 de septiembre de 1822; y, en efecto, como le había anunciado a Bolívar y a O’Higgins, le entregó formalmente el mando del Perú presentándole una escueta proclama, y se retiró a su casa para preparar su partida a Chile. El Congreso presidido por Luna Pizarro le agradeció al General sus servicios en la misma fecha de su instalación, en el oficio se expresa:

La nación peruana se lisonjea de ser agradecida a la paz de los eficacísimos esfuerzos que V. E. ha hecho, lanzándose, como el rayo de la célebre montaña que vio los últimos días de Lautaro, a exterminar en el suelo de los incas el férreo poder de España.³⁴

31 *Documentos para la historia del libertador general San Martín*, t. XVIII, Buenos Aires, MMI, p. 347.

32 *Documentos sobre la Entrevista de Guayaquil*, p. 61.

33 *Documentos para la historia del libertador general San Martín*, t. XVIII, p. 480.

34 *Ibid.*, p. 502.

Al día siguiente zarpó San Martín desde Ancón rumbo a Valparaíso; luego de pasar pocos días en Santiago, el General se instaló en Mendoza manteniéndose al tanto de los acontecimientos del Perú y Guayaquil, a través de comunicaciones recibidas de amigos como Tomás Guido, Rudecindo Alvarado, Hipólito Unanue, Francisco Ugarte, José Lamar, Fray Manuel Negrón, Francisco Roca, José Joaquín Olmedo, entre otros. En muchas de éstas le expresan la esperanza que el General regrese, advirtiéndolo el peligro de que la situación militar y política se agrave en el Perú.³⁵

El historiador John Lynch especula sobre lo que tenía en mente San Martín mientras estuvo un año en Mendoza, a pesar de la enfermedad de su esposa Remedios:

Perú no estaba cerrada completamente; había todavía una rendija abierta en la puerta. Él había renunciado al puesto de Protector pero no al de General, y puede ser que mientras su esposa lo esperaba en Buenos Aires, él esperaba los acontecimientos en Perú.³⁶

Luego de la partida del general San Martín de Lima, los sucesos políticos y militares fueron demostrando que para que la independencia triunfe en Perú eran necesarios un ejército poderoso y un gobierno dictatorial. Cuando los delegados del Congreso del Perú le ofrecieron al Libertador Bolívar lo segundo, él comprometió el grueso del ejército colombiano en la guerra contra el último bastión rea-

lista en América del Sur. Simón Bolívar llegó a Lima, donde fue recibido con entusiasmo, el 1 de septiembre de 1823, luego de recibir la autorización del Congreso de Colombia. La unión del Ejército colombiano con el de Perú y el genio de Bolívar hicieron posible los triunfos patriotas en Junín y Ayacucho en 1824.

La decisión de San Martín de alejarse de Perú, luego de la entrevista de Guayaquil, fue racional y patriótica, se desprendió de un mando que necesitaba acciones dictatoriales, las que él no quería asumir, y dio lugar para que Bolívar comprometiera a su ejército y prestigio en la Independencia del Perú.

San Martín no actuó irresponsablemente con América, esperó en Mendoza hasta que conoció el arribo de Bolívar a Lima antes de viajar a Buenos Aires, y retirarse tres meses después a Europa, como había decidido. Llegó al puerto el 4 de diciembre, tarde para despedirse de su esposa enferma, pero una vez que estaba seguro que su participación en la finalización de la guerra no era ya necesaria.

Los libertadores se plantearon estos acontecimientos en su encuentro en Guayaquil. Quisiera resaltar la opinión del Dr. René Favalaro en que debemos terminar de presentar a San Martín y Bolívar como enemigos:

35 *Ibid.*, pp. 504-555.

36 John Lynch, *San Martín, Argentine soldier, American hero*, p. 199.

No hay duda alguna de que se diferenciaban temperamentalmente y serían innumerables los ejemplos por relatar para marcar sus distinciones caracterológicas particulares... A pesar de ello se comprendieron, se respetaron y se admiraron mutuamente. Los dos sabían que luchaban por la misma causa: la libertad de América y los derechos republicanos del hombre. Los dos deberían constituir el basamento de la verdadera y sólida unidad latinoamericana.³⁷

Conclusión

Estos años en que iniciamos la celebración del proceso de independencia de nuestras repúblicas, son propicios para resaltar la figura de San Martín, militar valiente y brillante estratega, quien decidió regresar a su América natal para luchar contra el dominio de una monarquía decadente, acometió con el Plan Continental que liberaría Chile e invadiría el corazón del poder español en Lima, y se retiró modestamente para dar paso a la unión del ejército que él comandaba con el de Colombia, acelerando así, el fin de la guerra de Independencia del Perú y la libertad de toda Sudamérica.

El retiro de San Martín de la guerra peruana y de la Independencia de América se produce no solo como consecuencia de la entrevista con Bolívar. Antes de eso, su figura política en Perú se había debilitado por las equivocadas

acciones del ministro Monteagudo, también estaba menoscabado su liderazgo militar por el rompimiento con el comandante de la Escuadra chilena y el descontento de oficiales del ejército por la cautelosa estrategia seguida por el patriota argentino.

La anexión realizada por Bolívar de Guayaquil a Colombia y la negativa del Libertador de comprometer el grueso de su ejército con la guerra en el Perú, complicaron más la perspectiva militar y política de San Martín, por lo que tomó la difícil decisión de renunciar al mando peruano.



Bibliografía

- Pérez Pardella, Agustín, *El Libertador que cabalga*, Argentina, Planeta, 1997.
- Rumazo González, Alfonso, *Simón Bolívar*, t. 1, Quito, Casa de Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión / Editorial Pedro Jorge Vera, 2003.
- García Camba, Andrés, *Memorias del general García Camba, para la historia de las armas Españolas del Perú 1822-1825*, t. II, Madrid, Biblioteca Ayacucho, Editorial América.
- Bernardo Monteagudo, *Peruvian Pamphlet; begin an exposition of the administrative labours of the Peruvian Government*, Printed by A. Applegath, Stamford-Street, London, 1823.
- Salas, Carlos I., *Bibliografía del general don José de San Martín y de la emancipación Sudamericana*, t. I-V, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de billetes de Banco Chile, 1910.
- Charles Stuart Cochrane, *Journal of a residence and travels in Colombia, during the years 1823-1824*, vol. 1, London, Printed for Henry Colburn, New Burlington Street, 1825.
- Bayo, Ciro, *Examen de Próceres Americanos: los libertadores*, Madrid, Imprenta Juan Pueyo, 1916.

37 René Favalaro, *¿Conoce usted a San Martín?*, Buenos Aires, 2009, pp. 190-191.

- Hispano, Cornelio, *El libro de oro de Bolívar*, París, Biblioteca de grandes autores americanos, Casa Editorial Garnier Hermanos.
- Presidencia de la Nación, Secretaría de Cultura y Comunicación, *Documentos para la historia del libertador San Martín*, Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, t. XVIII, Ronaldo J. Pellegrini Impresiones, 2001.
- Archivo Histórico del Guayas, *Documentos sobre la entrevista de Guayaquil*, Guayaquil, litografía e imprenta E. Zevallos, 1972.
- Pino, Elías, "La Independencia de Venezuela: propuestas para cohabitar con sus estatuas", sin publicar, en Discurso en Congreso Extraordinario de Asociación Iberoamericana de Academias de Historia, Quito, 2009.
- Roca, Emilio, *Recuerdos históricos de la Emancipación Política del Ecuador y del 9 de Octubre de 1820, Guayaquil, 1900. Republicado: La Independencia de Guayaquil*, BCE, 1983.
- Búlnes, Gonzalo, *Historia de la Expedición Libertadora del Perú 1817-1822*, t. II, Santiago de Chile, Rafael Jover editor, 1888.
- Arosemena, Guillermo, *¿Fue Bolívar Estadista?*, I, II, III, IV y V parte, <<http://independent.typepad.com/elindependent/2010/03/fue-bol%C3%ADvar-estadista-i.html>>.
"La entrevista de Bolívar y San Martín", en publicación de artículos, <<http://www.desdemitrinchera.com/2009/12/18/la-entrevista-de-bolivar-y-san-martin-primera-parte/>>.
- Bonilla, Heraclio, *Metáfora y realidad de la Independencia en al Perú*, Lima, Fondo Editorial del Pedagogo de San Marcos, 2007.
- Morote, Herbert, *Bolívar libertador y enemigo No. 1 del Perú*, Jaime Campodonico Editor, Lima, 2007.
- Barrera, Isaac J., "Próceres de la Patria", Lecturas Biográficas, Editorial Ecuatoriana Plaza de San Francisco, Quito, 3a. ed., 1939.
- Rodríguez O., Jaime E., "La antigua provincia de Guayaquil durante la época de la Independencia, 1809-1820", en *Revolución, Independencia y las nuevas naciones de América*, Madrid, Fundación MAPFRE TAVERA, 2005.
- Lynch, John, *San Martín, Argentine Soldier, American Hero*, printed in Great Britain by Tj International, Cornwall, Padstow, 2009.
- Simón Bolívar a life*, Yale University Press, New Haven and London, Printed USA, First edition, 2007.
- Paredes M., Jorge G., "San Martín y Bolívar en Guayaquil", sin publicar, <jjparedesm@yahoo.com>, Lima.
- Coroleu, José, *América, historia de su colonización dominio e independencia*, t. IV, Barcelona, Montaner y Simón Editores, 1896.
- De Villamil, José, *Reseña de los acontecimientos políticos y militares de la provincia de Guayaquil, desde 1813 hasta 1824, inclusive*, Lima, 1863; Republicado: *La Independencia de Guayaquil, 9 de Octubre de 1820*, Guayaquil, Banco Central del Ecuador, Artes Gráficas Senefelder, 1983.
- Velasco Ibarra, José María, *Bolívar sus últimos años*, Colección Parlamento Andino, vol. 1, Quito, 2003.
- Daniels, Margarette, "Makers of South America", en *Missionary Education Movement of the United States and Canada*, New York, 1916.
- Arizmendi Posada, Octavio y Carlos Gómez Botero, *Así pensaba Bolívar*, Colombia, Planeta, 1a. ed., 2000.
- Provonena, P., *Memorias y documentos para la historia de la Independencia del Perú y causas del mal éxito que ha tenido ésta*, t. I, París, Librería de Garnier Hermanos, 1858.
- Solís, Ramón, *El Cádiz de las Cortes: la vida en la ciudad en los años de 1810 a 1813*, España, Gráficas Montreireira S. A., 1987.
- Favaloro, René G., *¿Conoce usted a San Martín*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana S. A., 2009.
- Harvey, Robert, "Liberators, Latin America's Struggle for Independence", en The Overlook press, Peter Mayer Publishers, Inc., New York, First edition, 2000.
- San Martín, *Su correspondencia, 1823-1850*, Madrid, Biblioteca de Ayacucho, Editorial América, 1919.
- O'phelan Godoy, Scarlett, *San Martín y su paso por el Perú*, Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2010.
- Bolívar, Simón, *Documentos del general O'Leary*, t. XXII, Caracas, Imprenta el Monitor, 1883.
Obras completas, vols. 1-2, Ministerio de Educación Nacional de los estados Unidos de Venezuela, Editorial Lex, La Habana, 1947.

ALFARO, presidente amigo de los empresarios

Guillermo Arosemena Arosemena

Entre los historiadores ecuatorianos de la primera mitad del siglo XX, al analizar a Eloy Alfaro Delgado, no hay consenso sobre su ideología y relación con el sector privado; pero, entre los contemporáneos, la mayoría de pensamiento de izquierda, lo describe como enemigo de los empresarios, llegando al extremo absurdo de sostener que fue el primer socialista ecuatoriano. Nada más alejado de la realidad. Eloy Alfaro fue, sin lugar a dudas, el presidente más cercano a los empresarios que ha existido en Ecuador, muy por encima de Plaza, Yerovi, Arosemena Gómez, Febres Cordero y Durán Ballén. Alfaro fue pro empresa privada, las evidencias son abrumadoras, se observan a través de todos los actos en su vida.

Su ideología capitalista comienza en sus orígenes. Su padre, el español Manuel Alfaro González, fue empresario exitoso, de aquellos que comienzan como empleados y terminan siendo dueños de negocios. En efecto, Manuel, quien se había establecido en Montecristi alrededor de 1835, fue empleado de Manuel Antonio Luzarraga, español que llegó a Guayaquil como asistente de otro

español dueño de goletas, y, en menos de cuatro décadas, se convirtió en uno de los hombres más ricos de Ecuador. Entre los negocios de Luzarraga se encontraba la exportación de todo lo que se podía vender en el exterior, incluyendo sombreros de paja toquilla. Manuel era quien compraba por cuenta de Luzarraga, estos productos elaborados en Manabí.

Cuando se independizó comercialmente, Manuel decidió seguir en el negocio de exportación de los mencionados sombreros. Llegó a tener una de las casas más elegantes de Montecristi. El propio Eloy afirmó que la casa de su padre fue una de los mejores en su tiempo. El historiador manabita Wilfrido Loor sostiene que tal afirmación es cierta por estar construida de piedra, ladrillo y madera; un escudo nobiliario adornaba la entrada. José Sáenz y Díaz de la Academia Nacional de Historia de Venezuela, en su escrito sobre el padre de Alfaro, sostiene que Manuel se consideraba sangre azul y para su hijo Eloy buscó como padrino a Agustín Villavicencio, el hombre más rico de Manabí en aquella época. Manuel adquirió algunas haciendas con el objeto de sembrar diferentes productos y tener ganadería; tuvo los

recursos para traer un profesor de Europa y dedicarlo a la enseñanza de sus hijos.

Eloy frecuentemente acompañó a Manuel en viajes comerciales, especialmente a Panamá y otros países centroamericanos. Durante su exilio en Panamá, época de la presidencia de Gabriel García Moreno, se desempeñó como próspero empresario; ese país se había convertido en importante mercado de bienes por el tránsito de extranjeros que comenzaron a llegar a raíz de la construcción del ferrocarril en 1850, el primero transcontinental, para trasladar a personas y carga desde Colón, donde arribaban los barcos de Europa y Estados Unidos, hasta ciudad de Panamá o en tránsito contrario.

Posteriormente, el mercado de sombreros se amplió con la construcción del canal bajo la dirección de Ferdinand de Lesseps, a partir de 1880 y luego bajo el control estadounidense, al ser usados por ciertos trabajadores para protegerse del radiante sol. Teodoro Roosevelt lo popularizó al usarlo cuando visitó la construcción del citado canal.

Después del fallecimiento de García Moreno, Eloy regresó a Ecuador e hizo crecer el negocio, generó mucho dinero que sirvió para pagar los estudios de dos de sus hermanos, Manuel y Medardo en Estados Unidos, donde estudiaban medicina; a su otro hermano Marcos, que estudiaba leyes en Cuenca, y cubría los costos de vida de su padre jubilado en Costa Rica. De su capacidad como empresario, Loor escribió:

Los negocios le dan el ciento por uno... Tiene alma de comerciante judío y se enriquece bárbaramente. Gana en ocasiones hasta mil duros diarios, en el Panamá, de los trabajos preparatorios para el Canal.

La moneda duro equivalía al peso fuerte. En Ecuador el peso fue usado hasta la creación del sucre en 1884. Para dimensionar el monto de ganancia de Alfaro, en los años veinte, es decir cuatro o más décadas después, el gerente de un banco en Guayaquil tenía 2.000 sucres mensuales de sueldo.

Por haber vivido años en Panamá y conocido a gente importante de ese país, Alfaro se vinculó con la élite social y económica; se casó con Ana Paredes Arosemena, perteneciente a dos de las familias más distinguidas de ese país y de las más antiguas de América del Sur. Desde el siglo XVII, los antepasados de Ana ocuparon los cargos públicos más importantes de Panamá, como es el caso de Felipe Arosemena, gobernador en 1684 y luego alcalde.

Alfaro no solo fue un buen empresario, también mostró gran talento en lo político; desde temprana edad, cuando hizo oposición a García Moreno, demostró gran liderazgo que posteriormente lo usó para alcanzar la presidencia. Los empresarios de Guayaquil siempre lo vieron como uno de su sector, no como un político en el que no se podía confiar. Todo lo contrario, entre él y los agricultores, comerciantes e industriales, siempre hubo buena química. Alfaro no podía ignorar que durante décadas había

sido empresario, él se pertenecía a este sector, que, en aquellos años no era tan injustamente criticado como en la actualidad.

Cuando Alfaro subió al poder, no existía el Estado Benefactor; hasta los primeros años del siglo XX, el colosal desarrollo económico mundial, se había logrado por la iniciativa del sector privado: creación de inventos para satisfacer las necesidades latentes y no latentes del consumidor. Recién la izquierda comenzaba a nacer y los escritos de Marx, atacando a las actividades productivas por ser “explotadoras”, no se habían popularizado. En el mundo, el Estado invertía en seguridad, educación y un poco en salud, el resto era inversión del sector privado. A nivel mundial, apenas 10% de la economía era manejada por el Estado, actualmente es más de 50%. El ingenio humano y la libertad económica habían permitido a países salir de la pobreza y algunos convertirse en potencias mundiales. En Ecuador, bancos privados actuaron como bancos de desarrollo, prestando dinero a los distintos gobiernos, para financiar el presupuesto del Estado. Alfaro recurrió frecuentemente a ellos.

Desde el primer momento en que Alfaro entró a la vida pública, consideró a los empresarios como amigos y asesores. En sus dos administraciones, Alfaro estuvo en permanente contacto con ellos, lo que favoreció a la transformación económica de Ecuador.

Por su estrecho vínculo con el sector privado, los enemigos de Alfaro frecuentemente lo acusaron de favorecerlo.

Desde que Alfaro logró prominencia nacional al dirigir una de las fuerzas revolucionarias contra el dictador Ignacio Veintemilla, tuvo el respaldo de los empresarios, y él supo corresponderles. No solo fueron guayaquileños, también contribuyeron empresarios de Esmeraldas y Manabí. El pensamiento liberal estuvo en los costeos desde siempre. Ellos lo trajeron de Panamá en 1882 y ayudaron a financiar la campaña contra el dictador. No fue la única ocasión que aportaron económicamente a su revolución, también lo trajeron una década después. Los guayaquileños no se quedaron como financiadores de las revoluciones; también le financiaron numerosos proyectos durante sus dos administraciones, como se conocerá en los párrafos posteriores.

En el discurso de Alfaro a la Asamblea Nacional, 1883, después del derrocamiento de Veintemilla, hay numerosos comentarios a favor de los empresarios. En su exposición se nota la preocupación de Alfaro por quienes confiaron en él y entregaron dinero; el Estado tenía que cancelar tales obligaciones:

Las entradas de Aduana de Manabí fueron gravadas en un setenta y cinco por ciento, para atender a la amortización de los empréstitos que impuse en esa provincia. Para mejorar las condiciones de los prestamistas, dispuse el pago de 10,569.48 cts. por la Tesorería de Guayaquil [...]En atención a la buena voluntad con que hicieron su entero la mayor parte de los prestamistas, es decoro-

so que decretéis el pago puntual de esas cantidades...

En su discurso hizo referencia a su relación con Markus Kelly, empresario inglés, quien durante el tiempo que vivió en Ecuador inició algunos negocios, incluyendo la construcción del ferrocarril Guayaquil-Quito. Él le proporcionó armas para su ejército:

El importe de aquellos contratos (armas) asciende a 200.000 pesos, de los cuales se le ha cubierto al señor Kelly 105.106,70 cts., y espero, que ocuparéis de este asunto, ordenando el pago del saldo de 94.893,30 cts. que aún se le adeuda.

En su exposición, Alfaro mencionó haber firmado un contrato con Kelly y Stanley Nider para construir telégrafos en Manabí y otro con Kelly y su socio ecuatoriano apellido Rendón, para el cultivo del henequén y ramié o seda vegetal. También comentó haber dado autorización a Kelly para establecer un banco en Manabí con carácter de extranjero:

... encontré conveniente acceder a este deseo, no solo porque se traía así al país nuevos capitales, sino porque con presencia del infame atentado a la corrompida dictadura, contra el Banco del Ecuador, sería de esperarse que, tanto los extranjeros como los nacionales, se retrajesen, por lo menos en muchos años, de dar sus capitales a la circulación, si no se hace patente la liberalidad del Gobierno para conceder cuantas garantías puedan pretenderse, a fin de probar al mundo civilizado que

aquel acto de bandalaje no puede jamás constituir precedente en un país honrado como Ecuador.

Alfaro se refiere al atropello de Veintemilla cuando, frente a la negativa del gerente del Banco del Ecuador a entregarle dinero, envió un pelotón que entró a la Alfaro tenía muy clara la importancia de honrar los compromisos internos y externos:

Si es equitativo que los gobiernos satisfagan religiosamente los créditos a sus acreedores internos, no lo es menos que salven el buen nombre de la patria, dejando satisfechos también a los acreedores del exterior.

Como visionario empresario que era, se refiere a la importancia del desarrollo de la industria de las plantas textiles para fabricar sacos para envasar cacao, quina y caucho de exportación. También hace referencia a construcción de caminos y otros proyectos de desarrollo económico. En su discurso Alfaro aprueba la prensa libre, ordenando una circular en que la prensa tenía libertad para juzgar sus "actos gubernativos".

Las clases económicamente altas no se limitaron a ayudar con dinero a Alfaro, también participaron en las llamadas Montoneras que los historiadores contemporáneos sostienen fue conformada por la gente de clase pobre y algo de clase media. Esta apreciación es sesgada porque también participaron hijos de familias acomodadas, como lo prueba la foto que reproduzco.

Entre estos revolucionarios se encuentran los jóvenes Luis Adriano Dillon (sentado, primero de derecha a izquierda) y Agustín Febres Cordero (parado, primero de derecha a izquierda). El primero, además de haber sido posteriormente ministro en el gabinete de Alfaro, fue gerente fundador del Commercial Bank of Spanish America, antecesor del Lloyd's Bank, y estuvo vinculado a la familia Valdez, dueña del ingenio de azúcar.

También tuvo negocios propios. El segundo fue abuelo de León Febres Cordero.

Su cercanía con los empresarios aumentó significativamente, en sus dos administraciones. Para lograr una gran transformación económica, los empresarios serían claves para Alfaro. La cualidad de un buen estadista es saber escuchar y Alfaro supo hacerlo, escuchando las recomendaciones de la Cámara de Comercio de Guayaquil, a sus ministros empresarios y a otros que estuvieron dispuestos a hacer sugerencias.

El poder económico guayaquileño vio en Eloy Alfaro al transformador de cambios anhelados. Esto explica que la Junta de Notables de Guayaquil, constituida por un grupo de comerciantes, aportó treinta mil dólares para financiar el viaje del general Eloy Alfaro, quien se encontraba en Centroamérica, para ponerlo al frente de la revolución contra el gobierno conservador de Lucio Salazar que había reemplazado a Luis Cordero. Siendo liberales por naturaleza, los empresarios no estaban de acuerdo con el pensamiento conservador que frenaba el crecimiento de los negocios.



La Revolución liberal y el advenimiento de Alfaro al poder ocasionaron un alto costo económico para el país, por las repetidas paralizaciones del comercio exterior e interno.

Con el reclutamiento de los agricultores para integrar los ejércitos de Alfaro, los hacendados tuvieron dificultad en cosechar sus productos y los comerciantes en importar y exportar. Esta incertidumbre, ocasionada por los detractores de Alfaro, debe haber sido otro factor decisivo que llevó a los empresarios a apoyar financieramente a Alfaro, para no prolongar la inestabilidad económica más tiempo del necesario. Ellos querían evitar el colapso económico, fueron celosos guardianes de la economía, y, en más de una ocasión, salvaron a Alfaro de disparar la inflación, evitando el caos económico. Además, sin ellos, Alfaro difícilmente

hubiera podido terminar la construcción del ferrocarril y emprender sus proyectos.

La obra física más importante de todas fue la construcción del ferrocarril para unir la Costa con la Sierra y terminar para siempre con el aislamiento de las regiones, especialmente las provincias de la Sierra que, por centurias, se habían perjudicado al no poder vender sus frutas y vegetales en las provincias de la Costa. En la Convención Nacional de 1896, Alfaro leyó un mensaje especial sobre su plan de reiniciar la construcción del ferrocarril. Desde la década anterior, cuando Kelly construía el ferrocarril, Alfaro se había interesado en usar el maravilloso invento del ferrocarril para unir todas las provincias.

En este mensaje, Alfaro públicamente acepta tener confianza en los empresarios, expresa su deseo de colaborar con ellos y da a entender que ellos serán sus asesores:

Los principios de la ciencia nos enseñan que en las grandes empresas nacionales, generalmente los gobiernos no son buenos administradores [...]. En esta virtud, yo no vacilaría en confiar el éxito del ferrocarril a una comisión honorable, compuesta de hombres patriotas, probos y de fortuna, que se encargase de allanar los capitales de que habemos menester para la construcción de la obra redentora y de excogitar los mejores medios para llevarla a cabo. Los poderes Legislativo y Ejecutivo, en los respectivos casos, se reservaría, como es natural, la facultad de aprobar o desechar los contratos;

pero la Comisión administraría con entera independencia, a fin de ofrecer, a todos, la más completa garantía de honradez y competente manejo. Esta Comisión podría componerse, en mi concepto, de las siguientes personas que inspirarían confianza al capital extranjero y nacional.

Los nombres propuestos por Alfaro corresponden a la élite empresarial costeña, compuesta de agricultores, banqueros, industriales, comerciantes y exportadores: Ignacio Robles, Eduardo Arosemena, Homero Morla, Enrique Seminario, Lautaro Aspiazú, Nicolás Norero, Eduardo Ricket, Pedro Pablo Gómez, Vicente Sotomayor y Luna, Luis A. Dillon, Antonio Madinyá, Lisímaco Guzmán, Sixto Durán Ballén y otros.

Posteriormente, dos de ellos fueron ministros de Estado de Alfaro.

Alfaro termina su mensaje reafirmando su apoyo a los citados empresarios:

Firmemente persuadido estoy, señor Presidente, de que confiada la Administración del Ferrocarril a una Comisión como la que acabo de indicar, los capitales extranjeros vendrán al país a buscar colocación provechosa y a engrandecer la república.

En su mensaje de 1896, Alfaro admitió que el Estado no debe ser empresario, por ser ineficiente y lo reafirmó en los años posteriores de su primera y segunda administración. Esta filosofía contrasta radicalmente con la filosofía del gobierno de Rafael Correa, siendo Alfaro su referente.

Las administraciones de Alfaro estuvieron permanentemente cortas de dinero, los ingresos del presupuesto no fueron suficientes para cubrir las necesidades de los enfrentamientos armados, además de las obras que quería hacer. Su primera administración tuvo que enfrentar serios obstáculos económicos, financieros y de otra naturaleza. En 1896, Guayaquil fue arrasada por un incendio devastador que destruyó 80 manzanas; en menos de 72 horas, la riqueza privada y pública de Guayaquil desaparecieron.

Los bancos cerraron sus puertas por 15 días para inventariar documentos logrados salvar.

En el incendio, se quemaron la mayoría de los pagarés, acciones de empresas en custodia o garantía, cédulas hipotecarias, letras de exportación y testamentos.

La nueva Ley de Bancos de 1897, encaminada a fortalecer la moneda al modificarse la relación entre reservas en metales preciosos y emisión de billetes, irónicamente causó un duro golpe en la economía del país. En la antigua ley, los bancos podían emitir billetes hasta el triple de sus reservas, con la nueva, solamente hasta el doble. Este cambio mermó el medio circulante, en momentos en que Guayaquil lo necesitaba para reponer las cuantiosas pérdidas ocasionadas por el incendio. La escasez de moneda, sumada a la caída de las exportaciones debido al exceso de lluvia que destruyó las cosechas de cacao y otros productos exportables, repercutió en el valor del dólar, llegando a cotizar-

se a s/. 2,25, cuando el tipo de cambio era 2. Para cooperar con Alfaro, los banqueros y más importantes comerciantes firmaron un convenio que evitó la escalada del dólar y la libra esterlina.

Paralelamente, Alfaro solicitó a la Cámara de Comercio de Guayaquil (CCG) la opinión sobre el sistema monetario que Ecuador debería tener, si seguir con el bimetalismo o adoptar el patrón oro. Eloy Alfaro reconoció la misión de esta institución cuando en la ceremonia inaugural de su reorganización, Serafín S. Wither, ministro de Hacienda, admitió que la CCG proporcionaría al Ejecutivo

... un Cuerpo Consultivo que, con sus luces y experiencia en los negocios, coadyuve con el Gobierno para que las medidas que se adopten produzcan el resultado que se desea.

En 1898, la CCG entregó su informe a Alfaro, recomendando la adopción del patrón oro. Este sistema ofrecía a Ecuador varias ventajas, pues atraería la inversión extranjera, repatriación de capitales de ecuatorianos, estimularía la reducción de la tasa de interés, al igual que la de inflación, y acrecentaría la riqueza nacional. Alfaro aceptó la recomendación y el sucre pasó a ser respaldado por oro. El nuevo sistema monetario mantuvo la estabilidad cambiaria hasta 1914, cuando se inició la Primer Guerra Mundial.

Irónicamente, el mismo Gobierno que promulgó la Ley de Monedas de 1898, con miras a sanear la moneda, trató de interrumpir el proceso

de fortalecimiento del sucre. Ante la urgente necesidad de armarse para prepararse frente a futuros enfrentamientos bélicos, el presidente Alfaro sorprendió a la empresa privada, al decretar una emisión inorgánica de 2 millones de sucres, es decir, sin respaldo metálico alguno y que él definió como una "contribución extraordinaria". El plan de Alfaro fue usar la mitad de esa suma para reponer y mejorar las fuerzas armadas y garantizar su permanencia en el poder.

La noticia fue recibida con alarma y causó fuerte oposición; los empresarios cansados de trabajar en una economía inestable y volátil, y preocupados de que sus patrimonios lo continuaran erosionando, gestionaron ante Alfaro, la supresión de la desacertada medida, proponiendo como alternativa otorgar al Gobierno un préstamo por un millón de sucres en moneda fuerte, reembolsable con el producto del ramo de sal.

En palabras de Alfaro:

... Tenía yo el propósito de emplear la mitad de esta suma en reponer y mejorar los elementos bélicos, tan necesarios para mantenernos en estado de hacer frente al enemigo común, que nunca interrumpe sus maquinaciones ni deja de sus manos la tea de la discordia civil. Iba a llevarse a cabo el decreto cuando en hora propicia se me presentó en Guayaquil un grupo de generosos patriotas que, aconsejados por el sentimiento de la concordia, tuvieron la nobleza de ofrecerme un millón de sucres en empréstito voluntario [...]. Prefiriendo no emplear

medidas violentas, por más que ellas fueran exigidas por la salud pública, acepté sin vacilar aquella oferta oportuna.

El préstamo dio origen a la formación de la Sociedad de Crédito Público, establecida con un capital de 400.000 sucres. Entre los accionistas fundadores se encontraron Martín Reimberg, Lautaro Aspiazu, Luis Adriano Dillon, Ramón Mejía, Emilio Estrada, Max Muller, Fortunato Salcedo, Vicente González Bazo, J. Wheeler y George B. Nixon.

Esta empresa manejó la explotación de la sal que era monopolio del Estado, hasta la cancelación del préstamo; funcionó durante muchos años, enfrentando la hostilidad de grupos que desearon su liquidación, alegando que causaba perjuicio a los intereses del fisco.

En la segunda administración de Eloy Alfaro, hubo la misma falta de recursos económicos que en la primera. Los fondos provenientes del presupuesto no fueron suficientes para atender todas las necesidades. Para evitar que Alfaro entrara en descapitalización financiera, los empresarios de Guayaquil nuevamente lo sacaron de apuros y le hicieron un préstamo que se cancelaría con la administración del puerto de Guayaquil. Fue una especie de concesión como las que se dan actualmente en países de economías emergentes. Alfaro se adelantó cerca de un siglo a las concesiones que tanto molestan a los socialistas del siglo XXI. Una vez más Alfaro aceptaba que el Estado es muy mal administrador.

En 1907, decidió conceder al sector privado el manipuleo y control de la carga de exportación e importación, que se hizo por medio de lanchas de particulares, debido a que, en aquellos años, el muelle ya no funcionaba, evitándose así la evasión tributaria que existía hasta entonces.

Si bien la concesión fue adjudicada a Emilio Estrada, él desistió y, en su lugar, la empresa Compañía Nacional Comercial (CNC) asumió la administración del manejo de la carga. Esta empresa fue constituida con un capital de cien mil sucres en partes iguales entre Carlos Alberto Aguirre, Emilio Estrada, Pedro G. Córdova y Francisco Urbina Jado. Años después, el capital se elevó a s/. 900.000 e ingresaron 176 nuevos socios. En el nuevo capital, Urbina Jado cedió sus acciones, y Manuel San Lucas y Enrique Stagg se convirtieron en principales accionistas con s/. 60.000 cada uno.

En el contrato que firmó la citada empresa con el Gobierno nacional se estipuló lo siguiente:

1. La CNC administraría lo que quedaba del muelle fiscal, comprometiéndose a dar al Gobierno, el 50% de las utilidades líquidas y garantizaba el monto total de las recaudaciones.
2. La CNC recaudaría para el Gobierno el impuesto de tonelada de importación y el de sanidad, cobrando solamente por tal gestión un 2%.
3. La CNC prestaría al Gobierno \$600.000 al 9% de interés anual, cuyo capital e intereses se amortizarían con el 3% adicional a los derechos de importación.
4. La CNC se comprometía a realizar el servicio de carga y descarga del puerto, con sus propios activos (lanchas, grúas, etc.), y solamente cobraría al comercio la tarifa acordada en el contrato, una inferior a la que las lanchas particulares habían cobrado antes de que se firmara el citado contrato.

Esta concesión no agradó a ciertos comerciantes, quienes comenzaron una campaña dirigida a desprestigiar a sus administradores. Al referirse al problema presentado, Carlos Alberto Aguirre, gerente de la CNC, en la exposición de motivos, comentó:

Las medidas severas empleadas por la Compañía, en cumplimiento de su deber, provocaron una resistencia de parte de algunos comerciantes y causaron una campaña tenaz y formidable contra ella. Ya bajo sus firmas, ya bajo anónimos, se dirigieron á las Cámaras Legislativas tratando de demostrar que el contrato era lesivo para sus intereses, leonino, y ruinoso para el país.

Los detractores llegaron a manipular las estadísticas de exportación e importación para probar que la citada empresa se beneficiaba en enormes cantidades de dinero. Un año más tarde, los opositores lograron convencer a ciertos legisladores para que dictaran una resolución disponiendo que el Poder Ejecutivo reasumiera la administración de los servicios que

hacia la CNC, para lo cual debía obtener un préstamo del comercio de Guayaquil, para comprar los activos de la CNC.

En su defensa, la CNC sostuvo que:

El monopolio de las lanchas era antes, cuando los Agentes de Vapores eran a la vez empresarios de ellas, y cuando no toleraban que nadie, sino ellos acudieran por la carga. Monopolio era antes, cuando esos Agentes fijaban para sus lanchas la tarifa a conveniencia.

Más adelante en su exposición, Aguirre agregó:

Si el Gobierno tuviera un muelle al que pudieran atracar los vapores de alto bordo, el servicio de las lanchas sería innecesario, y la carga y descarga se haría directamente en el muelle y estaría a cargo del Gobierno. Pero como carece de tal muelle, tiene que hacer uso de las lanchas, que son como una prolongación de él... Puesto el embarque y desembarque en manos de la Compañía... el Gobierno tiene el control y la vigilancia que necesitaba, y el Comercio la garantía de una tarifa estable y que es inferior á la que cobran los empresarios particulares.

Finalmente Aguirre probó que, durante el primer año de operaciones, las recaudaciones de aduana aumentaron en 11%, el derecho de tonelaje en 42% y 110.828 sucres por concepto del 50% de las utilidades, cantidad equivalente al 1,3% de todos los aranceles de aduana durante el año de

1908. Eloy Alfaro defendió el contrato y argumentó que el Estado no tenía los fondos ni estaba preparado para administrar la carga eficientemente:

... habéis ordenado que el Gobierno reasuma inmediatamente la administración del Muelle, etc. Nada tendría de objetar á esto, si el Ejecutivo contara con los medios de cumplirlos; pero, las lanchas, los remolcadores y todo el material necesario para el servicio del Muelle, pertenecen á la Compañía Nacional Comercial; de manera que el Gobierno tiene que comprar esos elementos, ya sea a la misma Compañía ya a otras personas. Y para realizar esta compra, ha menester una fuerte suma, de trescientos á cuatrocientos mil sucres, que la Legislatura está en el deber de arbitrar, para que la Resolución sea cumplida. De otro modo, con qué lanchas y material de muelle podría atender el Gobierno inmediatamente á las necesidades del Comercio, como lo habéis resuelto?

No habiendo podido los legisladores desvirtuar las acusaciones ni encontrado los recursos financieros para que el Gobierno se hiciera cargo de los servicios de la CNC, en 1909 firmaron entre ellos el convenio que acuerda el *statu quo*, por medio del cual la concesión a la CNC continuó en las mismas condiciones que se estipulaban en el contrato de 1907.

Desde fines del siglo XIX, el cacao ecuatoriano comenzó a tener severa competencia de las colonias africanas británicas que habían iniciado siembras masivas del grano. La entrada de estas últimas al mercado mun-

dial empezó a afectar el precio del cacao. La competencia representaba menos ingresos de divisas para Ecuador. En 1899, frente a este panorama sombrío, Vicente González Bazo, prestigioso empresario y propietario de la *Revista Comercial*, que se publicaba en Guayaquil, presentó a Eloy Alfaro un proyecto relacionado con la creación de la Compañía Nacional de Cacao del Ecuador, cuyos propietarios serían todos los productores y exportadores de cacao. Alfaro acogió el proyecto y lo envió al Congreso. En su mensaje a los legisladores expuso:

Los autores del proyecto indicado se proponen, mediante combinaciones mercantiles que llevaría a cabo la Compañía, obtener mejores precios para el cacao en los mercados extranjeros; lo que indudablemente produciría alza de precio del artículo en el país y aumento de rentas para el Erario [...]. No sería, pues, un monopolio, en el sentido económico de la palabra, la concentración del cacao en manos de una Sociedad; sino más bien una liga comercial entre productores y exportadores del referido grano para darle mayor valor y aumentar, por consiguiente, el desarrollo de su producción, las utilidades privadas y entradas al Fisco [...]. El carácter popular que entraña la Compañía Nacional de Cacao del Ecuador, la pone al alcance de todas las clases sociales; de suerte que solo quien no quisiera tomar parte de esta nueva empresa comercial quedaría sin acciones de ella. Dada la inteligente laboriosidad y honradez tradicional de los comerciantes del Guayas que serían los directores de este negocio,

el país pudiera prometerse magníficos resultados para la riqueza pública y la riqueza privada.

En su exposición Alfaro también propuso reducir los impuestos a la exportación de cacao y demás frutos del país, para desarrollar la agricultura. Una vez más, Alfaro se identificó con los empresarios y se interesó para que ellos ganaran dinero; Alfaro conocía muy bien que al hacerlo el país se beneficiaría por el aumento de puestos de trabajo y mayor recaudación de impuestos. Las estrechas relaciones entre los sectores público y privado, durante las administraciones de Alfaro, no se habían visto antes ni se verían después. Alfaro conocía muy bien que para que los países prosperen debía existir un entorno favorable al sector privado que dé confianza a la inversión, situación que no ocurre en la actualidad, según los indicadores Facilidad para Hacer Negocios, publicado anualmente por el Banco Mundial y Facilidad Comercial del Foro Económico Mundial.

La Compañía Nacional de Cacao del Ecuador (CNCE) no logró hacerse realidad; pero, una década más tarde, por motivo que los precios del cacao se habían deteriorado, se creó la Asociación de Agricultores en Guayaquil, institución muy similar a la CNCE, en la que participó el 80% de los productores y exportadores de cacao. Funcionó hasta 1926, cuando fue liquidada por los militares de la Revolución juliana.

Alfaro no se limitó a apoyar al sector de cacao, lo hizo con otros sectores de la economía, e incluso trató

de fomentar nuevos sectores como la piscicultura; con la aprobación del Congreso solicitó un “ligero apoyo pecuniario del Gobierno cuando sea menester”. Alfaro se refirió a ayuda como “garantía de intereses sobre capital, concesión de privilegio o alza o baja de derechos de importación”. Él se adelantó a todos los países emergentes cuyos gobiernos tienen leyes especiales para promover los negocios. Recientemente la prensa internacional informó que el Gobierno de China, por haber subsidiado la exportación de módems (accesorio usado en Internet), tenía un conflicto con la Organización Mundial de Comercio. A pesar de estar ese país gobernado por socialistas, los dirigentes conocen que es indispensable el apoyo al sector privado para salir de la pobreza. Décadas antes de que en los cincuenta el Gobierno ecuatoriano promulgara la ley de desarrollo industrial, apoyado por los organismos multilaterales y antes de la existencia de éstos, Alfaro impulsó una ley para fomentar la industrialización en el país y así ayudar a diversificar la economía.

Alfaro defendió a los empresarios, como ningún otro presidente lo ha hecho. En una ocasión Lizardo García, quien tuvo serias diferencias con él, acusó a un grupo de empresarios de beneficiarse de negocios con el Estado. Alfaro los defendió en los siguientes términos:

Las sombras de especulación de mala ley que lanza el señor García contra la Sociedad de Crédito Público, pone de relieve la inquina gratuita contra mí. El informe detallado y

minucioso que representa el interventor don J. Eleodoro Avilés por las operaciones correspondientes a los años de 1899 y 1900, pone en manifiesto la buena fe y lo beneficioso que ha sido para el Fisco el establecimiento de dicha Sociedad.

Resalta más el temerario encono político de don Lizardo García, si se considera que entre los accionistas figuran los nombres intachables y de lo principal en el alto comercio de Guayaquil, de los señores Darío, Virgilio y Horacio Morla, Reyre Hermanos, Lautaro Aspiazu, Jacinto Caamaño y otros más, que tomaron parte en la mencionada Sociedad, para servir al país y librarle de una contribución de guerra que se imponía como consecuencia de la revolución conservadora que terminó en la batalla del Chimborazo.

Los nombres mencionados corresponden a los empresarios más ricos de Ecuador. Los hermanos Morla y Aspiazu estaban entre los productores y exportadores más grandes del país, quienes además tenían otros negocios. Los primeros crearon el Instituto Agronómico Morla en la primera administración de Alfaro, para mejorar el conocimiento de los agricultores, y uno de ellos fue ministro de Estado de Alfaro. Caamaño era dueño de Tenguel, hacienda que junto con La Clementina de la familia Durán Ballén eran las haciendas de cacao más grandes del mundo en aquella época.

Alfaro tuvo muy estrecha relación con Francisco Urbina Jado, gerente del Banco Comercial y Agrícola, quien frecuentemente le prestó dinero

al Estado ecuatoriano para financiar los proyectos de Alfaro. En más de una ocasión Alfaro le agradeció públicamente por los servicios prestados al país. Los bancos guayaquileños y quiteños en menor escala, por ser más pequeños, fueron bancos de desarrollo del país desde 1860 hasta 1925.

Habiendo sido exportador, Alfaro estuvo acostumbrado a relacionarse con empresarios extranjeros y disfrutar de sus negocios y compañías. En la década de los ochenta hizo estrecha amistad con Markus Kelly, inglés que construyó un tramo de la línea férrea y tuvo algunos negocios en Ecuador, además de haber sido proveedor de armas a Alfaro en su lucha por deponer a Veintimilla. Entre los amigos empresarios de Alfaro, pocos se comparan con Archer Harman, estadounidense que terminó e inauguró el ferrocarril Quito-Guayaquil en la segunda administración de Alfaro. Leyendo el intercambio de cartas entre estos dos personajes, se concluye que el Presidente llegó a tener tan cercana amistad con Harman, que sus enemigos lo acusaron de haber recibido mucho dinero por el contrato de construcción de la citada obra. Ciertos historiadores escriben de complicidad entre un caudillo que quería inmortalizar su obra y un empresario deseoso de reivindicarse y hacer fortuna.

Hay suficientes evidencias que prueban la ardorosa defensa de Eloy Alfaro cuando se trataba de proteger a Harman y los intereses financieros que representaba. Como Alfaro vivió en pleno liberalismo económico, no se obsesionó de que el ferrocarril

fuera de propiedad del Estado; como práctico empresario, antes que político, vio el ferrocarril como medio de integración económica entre Costa y Sierra, sin importarle que fueran extranjeros los propietarios. Alfaro fue producto de su tiempo, época en que el Estado tenía un rol secundario en el desarrollo económico de los países. Siendo empresario, conocía que para que la economía prosperara, las ciudades de la Costa y Sierra tenían que estar conectadas y no aisladas para así terminar con mercados locales y desarrollar un mercado nacional. Alfaro se adelantó a la famosa frase célebre de Den Xiao Ping, arquitecto de la prosperidad de China: "No me importa el color del gato, lo que me interesa es que cace ratones".

Alfaro era consciente de que en Ecuador no existían suficientes capitales para terminar la construcción. Anteriormente la familia Caamaño, una de las más ricas del país y dueñas de la hacienda Tenguel, entre otros numerosos negocios, asociada a Kelly trataron de retomar la construcción sin lograr el éxito; además Ecuador, por no haber pagado la deuda de la Independencia, no era sujeto de crédito en el mercado financiero internacional. Desde García Moreno, los presidentes ecuatorianos habían tratado de obtener préstamos, pero el crédito se había cerrado.

Hasta antes de comenzar la primera administración de Alfaro, la línea férrea funcionaba parcialmente. Desde García Moreno, la construcción había avanzado muy lentamente, a pesar de contratos firmados, como el

de Herman Gohring de la Compañía de Obras Públicas de Lima. Para 1895, funcionaba el servicio de la ruta Durán-Yaguachi-Chimbo.

Lo terminado en tres décadas era una pequeña parte del proyecto total. Ecuador se encontraba muy atrasado en usar el ferrocarril para unir todo el país, otras naciones de la región tenían décadas ya usándolo. Por la euforia ferrocarrilera mundial, tuvo lugar una reunión, en 1890, en Washington para construir el ferrocarril intercontinental. Como resultado de ese evento, William Shunk y un grupo de ingenieros viajaron a Ecuador para hacer un levantamiento del terreno y recomendar el trazado que la línea férrea debía tener. Fue Shunk quien años después entusiasmaría a Archer Harman para que construyera la línea férrea en Ecuador.

Harman venía de una familia de tradición militar y ferrocarrilera que había participado en la construcción de líneas que atravesaban algunos estados, entre ellos Kentucky, Virginia y Ohio. Pero en no todos los proyectos tuvo éxito, en algunos fracasó. Cuando atravesaba por mal momento, Shunk, que tenía parentesco político, le comentó sobre una conversación que había tenido con el ministro plenipotenciario de Ecuador en Estados Unidos, Luis Carbo, en New York, sobre el interés de Alfaro en reiniciar la obra del ferrocarril. Harman vio la oportunidad de reivindicarse como exitoso empresario y, en 1897, viajó a Ecuador para reunirse con Alfaro. A su llegada, en camino a Quito, recorrió la ruta de la línea férrea en operación y lo que faltaba hasta llegar a la capital.

Como resultado de su entrevista se acordaron los términos de la negociación, en la que participaría el Estado, los tenedores de la deuda inglesa y Harman, en representación de inversionistas ingleses y estadounidenses. Entre estos últimos se encontraba Hope Norton, quien posteriormente tendría un rol muy destacado en el sector empresarial privado ecuatoriano, al ser además de presidente de Guayaquil & Quito Railway Company (dueña del ferrocarril), presidente de Ecuadorian Corporation, compañía estadounidense que compró Cervecería Nacional y La Cemento Nacional, estableció Quito Tramway Co. y otras empresas. Fue abuelo de Presley Norton, quien, como arqueólogo guayaquileño, hizo importantes aportes a la arqueología ecuatoriana; en su memoria, uno de los museos del Banco Central, lleva su nombre.

La negociación involucró emisión de bonos, acciones comunes y preferidas, además de la garantía del Estado ecuatoriano y pignoración de ciertas rentas. El valor del contrato se estableció en 17.532.000 dólares, cantidad más de tres veces superior al total de las exportaciones de 1897. Para poner la cifra en perspectiva, equivaldría a construir actualmente una obra pública superior a 30.000 millones de dólares. La exclusividad de la explotación del negocio del ferrocarril fue 75 años, posteriormente, la empresa y activos pasarían a ser propiedad del Estado ecuatoriano. La oposición de Alfaro no estuvo de acuerdo con los términos del contrato. Según éste, Harman:

...organizará una Compañía de Ferrocarril en los Estados de Unidos de América, la que se compromete a tomar a la par las acciones y el stock preferido [...] a proporcionar el dinero en oro de los Estados Unidos [...] y construir un Ferrocarril de vía permanente, desde el puente de Chimbo hasta Quito, poner en buen estado de funcionamiento el que existe entre Durán y Chimbo, y hacer, además, la conexión conveniente entre Durán y Guayaquil, con una estación principal en la ribera del río el lado de Guayaquil, incluyendo estaciones, buen material rodante, y muelles y factorías en Guayaquil para el servicio exclusivo del Ferrocarril. El periódico *El Grito del Pueblo*, en su edición del 25 de Noviembre, comentó: La opinión está dividida. El gobierno reconocía la necesidad de esta obra a todo trance, calificándola de magna y redentora. La oposición y algunos liberales declararon ruinoso para el país. Y muchos se mostraban escépticos en cuanto a su realización. En el Congreso se llegó a declarar insubsistente el contrato.

Firmado el contrato, Harman contrató a su hermano menor John para que supervise en sitio la construcción, 84 ingenieros estadounidenses y, además, 103 ciudadanos del mismo país. En años posteriores falleció John y su cuerpo fue enterrado en Huigra, donde hay un pequeño cementerio de estadounidenses que trabajaron en la construcción. Recientemente hay una investigación de los familiares para determinar la causa de su muerte. Una teoría es que fue erróneamente envenenado, cuando el atentado estuvo dirigido a Archer.

La construcción fue muy compleja, los costos aumentaron y Harman tuvo que modificar ciertas especificaciones, para no solicitar reajuste de precio. Además, no pudo cumplir con la fecha de terminación de la obra programada para 1907. La oposición armó un escándalo y fue necesario establecer un panel de arbitraje para llegar a acuerdos justos para las partes.

El contrato firmado con Archer Harman para finalizar la construcción del ferrocarril, la forma como fue construido y el posterior funcionamiento de la empresa Guayaquil & Quito Railway Company, fueron duramente criticados por opositores de Alfaro. Entre los comentarios se encontraban el haber Alfaro aceptado condiciones perjudiciales a Ecuador y las acusaciones a Alfaro de haberse enriquecido ilícitamente. Uno de los más críticos fue Lizardo García. En palabras de Alfaro: "...el candidato García me calumniaba horriblemente, atribuyéndome en connivencia con Mr. Harman monstruosos peculados..."; periódicos de Guayaquil y Quito cuestionaron duramente la relación de Alfaro con Harman. *El Industrial de Quito* se refirió a un documento firmado por Alfaro y Harman: "... Eloy Alfaro trata de contener el torrente de la nación entera [...] contra el inicuo negociado del ferrocarril Alfaro-Harman". En el periódico guayaquileño *El Guante*, bajo el título "Otro monopolio":

Con la socorrida disculpa de la seguridad de los equipajes celebró Mr. Stewart, vicepresidente de The Guayaquil & Quito Railway Co., un contrato leonino con el gobierno

del Sr. Alfaro, contrato que por ser *ad referendum*, ya era tiempo que lo hubiera considerado el congreso. En el mencionado contrato se estipula que la Express Co. - así se llama la empresa ideada por Stewart, percibirá el 60% quedando como utilidad para el The Guayaquil & Quito Railway Co. el 40%. Como The Express Co. no tiene gastos, pues hasta los empleados que en ella prestan sus servicios pertenecen al ferrocarril [...]. El peculado no puede ser más infame y sin embargo, se tolera ampliamente [...], ¿pero esto qué le importa a Alfaro? [...] se trata de seguir favoreciendo a los yanquis por sobre todas las cosas [...]. Acabe, Sr. Alfaro de arruinar al país...

Los periódicos el *Grito del Pueblo* de Guayaquil y *Patria* de Quito, también escribieron sobre coimas entregadas por Harman a ministros y altos empleados de la administración de Alfaro.

El rumor sobre Alfaro haber sido comprado por Harman, seguramente se encuentra en una carta de José María Borrero a Alfaro fechada 25 de diciembre de 1902, en la que le menciona que a un distinguido empresario guayaquileño, un amigo le comentó que "en una galería de retratos de los principales accionistas del Ferrocarril, que se construye, figuraba entre otros, el del general Eloy Alfaro". Alfaro le comunicó a Borrero que había enviado a su hijo Olmedo a visitar las oficinas del ferrocarril en New York, para constatar si efectivamente había un cuadro. Olmedo le expresó que se trataba de un acto de cortesía simplemente en quienes saben agradecer la

honrada conducta del general Alfaro en todo sentido. En la misma carta a Borrero, Alfaro le mencionó que Harman había querido hacerlo partícipe de los beneficios pero los había cedido a favor del Estado ecuatoriano:

... me aclaró Mr. Harman, que en esas grandes empresas, una vez cubierto el capital con sus respectivos intereses, era usanza lícita en los Estados Unidos conceder la mitad de los beneficios ulteriores a favor de los personajes que intervenían en esa clase de contratos, cuyo valor estaba representado en la emisión respectiva que me explicó. Mi contestación fue sencillamente que ese valor pertenecía a la Nación y que por tanto constará en el contrato. Por tal consideración se estipuló que el 49% pertenecía al Gobierno [...] Yo me siento abochornado al tener que recordar incidentes que quedarían relegados al más completo olvido, si no me viera obligado a desvanecer calumnias monstruosas.

En una extensa carta a Harman, de cinco páginas del 24 de febrero de 1903, Alfaro lo pone al tanto de lo que sucede en Ecuador sobre las acusaciones de ser accionista de la empresa del ferrocarril y le expresa su enorme preocupación del perjuicio que la empresa podría sufrir:

Si dejamos que marchen las cosas como van, hasta que los perversos puedan desarrollar sus aviesos propósitos, serían perjudicados el país, la Compañía (se refiere a The Guayaquil & Quito Railway Co.) y de remate sufriría también yo... El caso actual es muy distinto y se rosa con

la Justicia y el derecho de defensa: la Compañía para salvar cuantiosas inversiones y procurarse garantías en lo porvenir y yo para salvar el buen nombre de Ecuador y mi propia honra.

En la carta Alfaro le solicita un certificado firmado por el representante legal de que no es accionista de The Guayaquil & Quito Railway Co. Termina la carta afirmando:

Los intereses del buen nombre de Ecuador y la Compañía, todavía están ligados. Cuando el Ferrocarril llegue a Guamate, tendrá la Compañía asegurada su existencia.

[En la foto se encuentran sentados Harman y Alfaro y quien está atrás de Alfaro es Amalio Puga](#), ministro del Interior y uno de los empresarios más ricos de Ecuador; estaba entre los cinco exportadores de cacao más grandes, además de tener otros negocios.

J. Mora López, en su libro *Historia del ferrocarril trasandino*, comenta sobre los problemas de Alfaro en la construcción del ferrocarril:

No existe una obra que haya sido más calumniada ni vituperada. Mal que nos pese, ha sido el caballo de batalla de las revoluciones [...]. Hace poco que, estupefacta y con sarcasmo, nos ponía en la picota con estas palabras: “El general Alfaro ha tenido que darle ferrocarril a los ecuatorianos a cañonazos”.

Alfaro impulsó la Constitución de 1906, mayoritariamente redacta-

da por José Peralta, ideólogo liberal y cuya finalidad fue crear las bases de la modernidad de Ecuador. La Constitución incluyó articulados que favorecieron al sector privado, encontrándose entre ellos, los siguientes: 1. Estableció una serie de libertades. Por primera vez se hace referencia a la libertad de trabajo y de industria, actualmente conocidas como parte de la libertad económica. Otra libertad fue la personal, se impidió el reclutamiento.

En cada ocasión que había revoluciones o guerras civiles, los trabajadores de haciendas eran reclutados a la fuerza y dejaban al propietario sin poder cosechar, perdiéndose los productos. La libertad de transitar por todo el territorio nacional, también favoreció a los negocios. Los comerciantes quedaron libres de movilizar sus bienes de venta, sin que existan obstáculos de por medio. 2. Consagró el derecho de propiedad que es tan importante para realizar cualquier actividad productiva. Esto fue un gran logro, tomando en cuenta que no era anormal confiscar propiedades rurales y urbanas a personas no afines a los regímenes en funciones. 3. Expidió patentes de navegación. Por la ausencia de carreteras, el medio de transporte más popular era la navegación por el río Guayas y sus afluentes, movilizando carga y personas. A mayor número de naves, mayor movimiento fluvial y mayor número de transacciones comerciales.

Sugerir que Alfaro fue socialista o usarlo como símbolo de una revolución socialista, es mostrar total ignorancia histórica. Ningún presidente ecuatoriano ha sido tan cercano a los empresarios como Eloy Alfaro.

Especial para *Spondylus*
BICENTENARIO EN CHILE
La celebración de una laboriosa
construcción política

Sergio Grez Toso*

Cuando el Estado de Chile empieza a conmemorar su Bicentenario, los intelectuales y los ciudadanos con conciencia crítica no pueden dejar de formularse una serie de interrogantes sobre el sentido profundo de estas celebraciones. Entre muchas otras: ¿qué se está celebrando?, ¿qué tipo de país se ha construido durante estos doscientos años?, ¿de qué modo Chile ha llegado a ser lo que es?

Para hacerme cargo de algunas de estas preguntas me remontaré a los comienzos de la era republicana, para luego centrarme en el siglo XX.

Aunque la constitución del primer gobierno autónomo de la aristocracia criolla (el 18 de septiembre de 1810), que procuró llenar el vacío de poder dejado por la prisión del rey de España Fernando VII, fue solo el inicio de un proceso que desembocaría ocho años más tarde en la Declaración de Independencia (12 de febrero

de 1818) y en su consolidación en la batalla de Maipú (5 de abril de 1818), por razones de diversa índole que no es del caso evocar en esta ocasión, salvo el carácter puramente elitista (sin apoyo ni movilización popular) de la organización de la Primera Junta de Gobierno, lo cierto es que a partir de 1837, durante el primero de los decenios de gobiernos conservadores, el 18 de septiembre se constituyó en la fecha oficial de celebración del Estado y de la “chilenidad”, quedando inscrita en la memoria de los habitantes del país como símbolo patriótico y de identidad nacional.¹

Pero el sentimiento nacional no afloró espontáneamente en la población que quedó viviendo al interior de las imprecisas y muy cambiantes fronteras de la República de Chile en el siglo XIX. Durante las guerras de la Independencia (que tuvieron un verdadero carácter de guerra civil) la reacción mayoritaria de la gran masa popular fue el indiferentismo, la huida y la desertión (para escapar de las levas forzosas que practicaban ambos bandos, especialmente el ejército patriota), o su unión con montoneras realistas en la zona sur (después de las derrotas de

* Profesor del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile. Correo electrónico: <sergiogrezoso@gmail.com>.

1 Paulina Peralta, *¡Chile tiene fiesta! El origen del 18 de septiembre (1810-1837)*, Santiago, Lom Ediciones, 2007.

las tropas leales al rey en la batalla de Maipú).² Aunque a partir de la reconquista española se observó cierto grado de adhesión a la causa independentista entre sectores del campesinado y del artesanado de la región central, es evidente que el patriotismo de la población “chilena” no surgió de un proceso “natural” o preexistente masivamente antes de que una facción de la clase dirigente criolla decidiera desplazar a la burocracia española, gobernarse por sí sola y echar las bases de un Estado nacional independiente. El historiador británico John Lynch, al referirse a la actitud de los sectores populares frente al movimiento de emancipación política en Chile, ha sostenido con convicción que como estos “no tenían nada que ganar en la nación, carecían de sentido de nacionalidad”.³ Lo que ha sido refrendado por numerosos estudios historiográficos realizados desde entonces, que han servido de base para que Julio Pinto y Verónica Valdivia, en una reciente investigación acerca de la construcción social de la nación chilena entre 1810 y 1840, concluyan que durante las guerras de la Independencia “el bajo pueblo no se demostró particularmente entusiasta frente a un proyecto que no le ofrecía beneficios muy tangibles, y sí en cambio sacrificios más que evidentes”.⁴ El conocimiento historiográfico acumulado permite afirmar con bastante certeza que el “bajo pueblo” fue incorporado a estas luchas más por la represión y coacción que por convicción o persuasión política, y también que la “soberanía popular” condujo a lo que la pareja de historiadores recién citados define como una “ficción democrática”, ya que

en la idealidad el mundo político se ampliaba, aunque en realidad una gran mayoría de la población no cumpliera con las condiciones

-
- 2 Véase entre otros, Mario Valdés Urrutia, “La desertión en el ejército patriota durante la guerra de Independencia de Chile: 1813-1818. Notas para su comprensión”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, No. 164, Santiago, 1998, pp. 103-126; Gladys Varela y Carla Manara, “En un mundo de frontera. La guerrilla realista-chilena en territorio pehuenche”, en *Revista de Estudios Trasandinos*, No. 4, Santiago, julio de 2000, pp. 341-363; y, “Tiempos de transición en las fronteras surandinas: de la Colonia a la República, en Susana Bandieri, *Cruzando la Cordillera... La frontera argentino-chilena como espacio social*, Neuquén, Universidad Nacional del Comahue, 2002, pp. 31-63; Ana María Contador, *Bandidaje y guerrilla. Los Pincheira: un caso de bandidaje social 1817-1832*, Santiago, Bravo y Allende, 1998; Leonardo León, “Reclutas forzados y desertores de la Patria: el bajo pueblo chileno en la Guerra de la Independencia, 1810-1814”, en *Historia*, No. 35, Santiago, 2002, pp. 31-63; “La otra guerra de la Independencia: el éxodo patriota de Penco, 1817-1818”, en *Estudios Coloniales*, No. 4, Santiago, 2005; Sergio Grez Toso, *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Santiago, RIL Editores, 2007, 2a. ed., pp. 189-209.
- 3 John Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas 1810-1826*, Barcelona, Editorial Ariel, 1926, p. 149; Julio Pinto Vallejos y Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación (1810-1840)*, Santiago, Lom Ediciones, 2009, pp. 120-144.
- 4 Pinto y Valdivia, *op. cit.*, p. 334. El concepto de “ficción democrática” ha sido tomado por estos historiadores de François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencia*, México, Mapfre / FCE, 1992. Los trabajos sobre la actitud popular en el proceso de emancipación política están citados en la nota 2.

para ser ciudadanos activos. En esas condiciones, el poder real seguía radicando en los grupos dirigentes, los que asumían los intereses de la sociedad toda, levantándose como encarnación simbólica de dicha soberanía.⁵

Empero, es preciso constatar que en cuestión de algunas décadas, gracias a la temprana conformación de lo que el historiador conservador Alberto Edwards denominó el “Estado en forma”,⁶ al eco del ideario republicano entre algunos estratos populares como el artesanado urbano y a la implementación de una estrategia de disciplinamiento social, en un contexto de cierta homogeneidad geográfica y cultural en el llamado “Chile histórico” o “Chile central”,⁷ fue surgiendo entre vastos sectores de la población la lealtad patriótica anhelada por la clase dirigente.

Cabe destacar que los mecanismos de disciplinamiento de los sectores populares fueron muy variados. Entre los puramente coercitivos destacaban los trabajos forzados, las penas de azotes, los carros rodantes como prisión ambulante para los condenados a trabajos forzados, el sistema de papeletas para controlar los desplazamientos de los peones mineros y la instalación de jefes militares sobre la jurisdicción de los principales yacimientos mineros del Norte Chico. Otros eran de tipo más “pedagógico”, como la celebración de ciertas festividades nacionales, la difusión de los símbolos “patrios” (Bandera, Escudo e Himno Nacional), y la utilización en una perspectiva nacionalista del poder ya legitimado de la Iglesia católica. También existieron dispositivos como el servicio obligatorio en las filas de la Guardia nacional, que combinaban coerción y “educación patriótica”.⁸ La acción convergente de estos mecanismos dio los resultados esperados por la élite dirigente. Cuando en la década de 1880 el Estado de Chile culminó su expansión conquistando el territorio mapuche de la Araucanía, la provincia peruana de Tarapacá y la provincia boliviana de Antofagasta, el sentimiento nacionalista ya era una realidad indesmentible en la mayor parte de la población, como pudo apreciarse en la Guerra del Pacífico, cuando los enrolados voluntariamente en las Fuerzas Armadas chilenas superaron a los reclutas forzados.⁹

A través de un siglo de guerras internas y externas, sucedidas de períodos de refundación, reacomodo y negociación regulada entre sus fac-

5 *Op. cit.*, p. 81.

6 Alberto Edwards, *La fronda aristocrática en Chile*, Santiago, Imprenta Nacional, 1928.

7 El territorio comprendido desde la zona de Copiapó hasta el río Bío-Bío.

8 Véase, entre otros: Grez, *op. cit.*, pp. 233-248; María Angélica Illanes, “Azote, salario y ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817-1850)”, en *Proposiciones*, No. 19, Santiago, julio de 1990, pp. 90-123; Marco Antonio León, “Entre el espectáculo y el escarmiento: el presidio ambulante en Chile (1836-1847)”, en *Mapocho*, No. 43, Santiago, primer semestre de 1998, pp. 183-209; Peralta, *passim*; Pinto y Valdivia, *op. cit.*, pp. 144-151, 195-205, 227-240 y 279-297.

9 Sobre la reacción patriótica de vastos sectores populares chilenos durante la Guerra del Pacífico, véase Grez, *op. cit.*, pp. 565-570.

ciones, la clase dominante chilena logró consolidar uno de los Estados nacionales más poderosos de Sudamérica. Luego de las guerras de la Independencia, transcurrió un período de variados ensayos políticos que cubrieron desde el cesarismo hasta el liberalismo doctrinario más radical. Durante la década de 1820 los representantes de esta tendencia (los llamados “pipiolos”), que no rechazaban teóricamente la posibilidad de hacer de los sectores populares actores políticos con derechos y deberes ciudadanos, intentaron echar las bases de una comunidad nacional más inclusiva e integrada, especialmente a partir de la Constitución liberal de 1828, en base a los principios de libertad individual, rechazo al despotismo y la “anarquía”,

preferencia por instancias colegiadas como los congresos, las representaciones regionales y provinciales, libertad de expresión y derechos civiles, valoración del sufragio, aunque censitario, aspirando a la construcción futura de un pueblo real capaz de asumir el destino nacional en sus manos.¹⁰

Sin embargo, estas medidas sumadas al relajamiento de los controles sociales que produjeron las guerras de Independencia y las disputas en el seno de la élite, terminaron exacerbando la paciencia de la clase dominante de la región central cuya cabecera estaba en la ciudad de Santiago. El desfase entre la élite gobernante –que representaba aspiraciones liberales e incluso democráticas– y las conservadoras

clases dominantes en el terreno de la propiedad, se hizo evidente.¹¹ Entonces una vigorosa reacción de estas últimas puso término, mediante una breve guerra civil, a las veleidades liberalizadoras de los ideólogos más avanzados de la clase política y de las provincias extremas (Copiapó y Concepción) que luchaban por zafarse de la dominación centralista santiaguina.¹² El triunfo conservador en la batalla de Lircay fue la base del poder constituyente que en 1833 dio sustento legal a la dominación omnímoda y excluyente de esa misma facción de la élite a través de la Constitución de 1833.¹³

10 Pinto y Valdivia, *op. cit.*, p. 157.

11 Tomás Moulián, *Contradicciones del desarrollo político chileno 1920-1990*, Santiago, Lom Ediciones, 2008, pp. 10 y 11. Este autor ha subrayado el desencuentro existente entre la clase política (liberal) predominante durante la década de 1820 y la clase de los grandes propietarios (conservadora), lo que convertía a la primera en una intelectualidad “inorgánica”, sin base material de clases, “desfasada de la oligarquía terrateniente que aspiraba al nivel político a reproducir el orden paternalista aristocrático de la hacienda, en cuanto formadora de la matriz cultural”. *Ibíd.*

12 El historiador que mayor énfasis ha puesto en la posibilidad de construir una comunidad política más incluyente entre 1823 y 1829 ha sido Gabriel Salazar Vergara, *Construcción de Estado en Chile (1800-1860). Democracia de los “pueblos”*. *Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2005. Una visión más matizada en Pinto y Valdivia, *op. cit.*, pp. 159-205.

13 G. Salazar, *Construcción de Estado en Chile (1800-1860). Democracia de los “pueblos”*. *Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico*, pp. 322-327. Una visión distinta sobre el régimen político conservador, interpretado como “una fusión del legado

Este régimen político –cuyo inspirador y principal constructor fue el ministro Diego Portales– engendró nuevas guerras civiles, en 1851 y 1859, que lo debilitaron considerablemente. A pesar de las derrotas militares de los contestatarios, a comienzos de la década de 1860 se dio inicio a una transición política que apuntaba a la constitución de lo que Tomás Moulián ha caracterizado como un “estado de compromiso oligárquico” y que culminó, luego de otra guerra civil, en 1891, en la instauración de un sistema regulado y competitivo de “democracia oligárquica” con cierta capacidad de integración y cooptación de ciertas expresiones políticas popula-

res (como el Partido Democrático). Del sistema político oligárquico profundamente excluyente imperante durante la República Conservadora (1830-1860) se pasó –luego de dos guerras civiles y un complejo proceso de negociaciones y apertura política– a un sistema igualmente oligárquico, pero abierto a todas las facciones de la clase dominante, crecientemente competitivo y capaz de practicar una pequeña apertura en dirección de algunos estratos del mundo popular mediante la supresión del censo o requisito de riqueza para acceder a la “ciudadanía activa”, dejando como única exigencia el saber leer y escribir, lo que equivalía al establecimiento del sufragio universal masculino, aunque de manera muy acotada dado las altas tasas de analfabetismo imperantes en el mundo popular. El resultado fue, en el decir de Moulián, una “democracia elitaria de negociación”, que entre 1861 y 1890 efectuó pacíficamente reformas liberales como la recién mencionada, además de la reforma de la ley de imprentas y el voto de las llamadas leyes laicas (de registro civil, matrimonio civil y cementerios laicos). No obstante, el acto final de este proceso fue de una violencia superior a lo vivido en los conflictos intestinos anteriores. En 1891, nueva guerra civil mediante,¹⁴ el presidencialismo “portaleano” fue completamente anulado y sustituido por una forma de negociación entre las élites políticas –el parlamentarismo– que, hasta 1924, aseguró a las distintas facciones oligárquicas un reparto pacífico de las cuotas de poder y de la riqueza salitrera a través del control colectivo y regulado del aparato estatal.¹⁵

autoritario del imperio español (incluidas sus apariencias) con buena parte de la sustancia del constitucionalismo republicano liberal”, se encuentra en la obra del historiador británico Simon Collier, *Chile. La construcción de una república 1830-1865. Política e ideas*, Santiago, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, 2008, 2a. ed., pp. 57-83.

- 14 La bibliografía sobre la guerra civil de 1891 es muy abundante. Entre las numerosas publicaciones que aparecieron con motivo del centenario de dicho conflicto destacan, por la variedad de enfoques y puntos de vista, tres obras colectivas: *Dimensión Histórica de Chile*, No. 8, Santiago, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, 1991; Diversos autores, *La época de Balmaceda*, Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1992; Luis Ortega, edit., *La guerra civil de 1891. Cien años hoy*, Santiago, Departamento de Historia Universidad de Santiago de Chile, 1993.
- 15 Moulián, *op. cit.*, pp. 12-19. Cf. Julio Heise González, *El período parlamentario 1861-1925*, t. II, *Democracia y gobierno representativo en el período parlamentario*, Santiago, Editorial Universitaria, 1982, especialmente

Al cabo de un siglo de guerras civiles, guerras externas, expansión territorial, negociaciones y apertura política controlada, en medio de la bonanza económica que el salitre aportó al Fisco y a la oligarquía, el Estado de Chile se aprestó a celebrar con gran pompa su primer Centenario. Pero desde mucho antes de 1910 la celebración estuvo opacada por la irrupción sangrienta de la “cuestión social”: la miseria popular en los campos y ciudades, la insalubridad de los ranchos, conventillos y “cuartos redondos”, la proliferación de mortíferas enfermedades y epidemias, las altísimas tasas de mortalidad, especialmente infantil (las más altas del mundo occidental), la alarmante expansión del alcoholismo y la prostitución, la cesantía y la emergencia de un movimiento obrero y popular de orientación clasista que abrazaba las banderas del anarquismo y del socialismo, eran los síntomas más evidentes de un profundo drama que desgarraba a la sociedad chilena.¹⁶ Y, por sobre todo, impactaba a los contemporáneos, especialmente extranjeros, la gran desigualdad social, descrita en 1910 por el más afamado de los ensayistas chilenos del Centenario, como

el contraste entre la gente adinerada y la clase trabajadora; porque en Chile hay solo dos clases sociales, ricos y pobres, esto es, explotadores y explotados; no existe la clase media: los que no somos ricos ni menesterosos y aparentemente formamos el estado llano, somos gente de tránsito, salida del campo de los explotados y en camino para el de los opulentos.¹⁷

pp. 23-112. Un relato y análisis pormenorizado de la crisis de la República Conservadora y de la transición hacia el régimen político liberal (1851-1864) fue desarrollado por Simon Collier, *op. cit.*, pp. 249-317. Desde una perspectiva más crítica, Gabriel Salazar ha señalado que el “sistema portaleano” (1830-1891) “ha sido el único régimen que incubó y experimentó varias guerras civiles: una en su origen (1829-30), dos en su apogeo (1851 y 1859) y una en su declinación (1891). También ha sido el único que involucró al país en tres guerras exteriores”. Gabriel Salazar, *La violencia política popular en las “Grandes Alamedas”. La violencia en Chile 1947-1987 (Una perspectiva histórico popular)*, Santiago, Lom Ediciones, 2006, 2a. ed., p. 70.

- 16 Sobre la “cuestión social” y sus consecuencias, véase entre otros, James O. Morris, *Las élites, los intelectuales y el consenso. Estudios de la cuestión social y el sistema de relaciones industriales en Chile*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1967; Gonzalo Vial Correa, *Historia de Chile (1891-1973)*, Santiago, Editorial Santillana del Pacífico, 1981, vol. I, t. II, pp. 495-551 y 745-782; Ximena Cruzat y Ana Tironi, “El pensamiento frente a la cuestión social en Chile”, en Mario Berríos *et al.*, *El pensamiento en Chile 1830-1910*, Santiago, Nuestra América Ediciones, 1987; Julio Pinto Vallejos, “La caldera del desierto. Los trabajadores del guano y los inicios de la cuestión social”, en *Proposiciones*, No. 19, Santiago, julio de 1990, pp. 123-141; y, “¿Cuestión social o cuestión política? La lenta politización de la sociedad popular tarapaqueña hacia el fin de siglo (1889-1900)”, en Julio Pinto Vallejos, *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera. El ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares (1850-1900)*, Santiago, Editorial, Universidad de Santiago, 1998, pp. 251-312; Sergio Grez Toso, *La “cuestión social”. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, Santiago, DIBAM / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1995.

- 17 Dr. J. Valdés Cange (Alejandro Venegas), *Sinceridad. Chile íntimo en 1910*, Santiago, Ediciones CESOC, 1998, pp. 223 y 224.

El régimen parlamentario –sostiene Gabriel Salazar– no había entrado en escena para resolver el conflicto económico-social

sino, más específicamente, para asegurar la sobrevivencia de las élites mercantiles (portalianas) *ante* la agudización de la crisis y *tras* el colapso de la dictadura constitucional que esas élites habían establecido en 1833.¹⁸

De aquí que el parlamentarismo, pese a la modernización que involucraba, no inauguró siquiera una

consistente política desarrollista sino tímidos ajustes económico-nacionalistas y dramáticas reediciones de la política represiva contra las masas.¹⁹ Otros historiadores han aseverado que la élite de la República Parlamentaria tampoco se preocupó mayormente por incorporar a los trabajadores en un sistema consensual, quizá porque contaba con la sólida base electoral de los campesinos. Ello explicaría que frente al creciente conflicto social, la reacción de esa élite fuera muy dura, sin intentar distinguir y negociar con los elementos más conciliadores del mundo popular.²⁰ Un ciclo de luctuosas masacres obreras entre 1903 y 1907 fue la respuesta del Estado y la clase dominante ante una “cuestión social”, cuya existencia era negada incluso por políticos “progresistas” como el patriarca radical Enrique Mac-Iver.²¹

No obstante, en vísperas del primer Centenario de la Independencia nacional, las élites políticas e intelectuales comenzaron a intuir que era necesario una reingeniería política, pero ya no solo en las fórmulas para regular el conflicto y repartir el poder entre distintas facciones oligárquicas sino, sobre todo, para contener, moderar y canalizar adecuadamente el descontento proveniente de las clases populares. Luego de la masacre de la escuela Santa María de Iquique (1907), la clase política percibió más claramente la necesidad de un cambio.²² El proceso que llevó a la adopción de la legislación social en 1924 y a la Constitución de 1925 como bases del “Estado de compromiso” y “Esta-

18 Salazar, *La violencia política...*, *op. cit.*, p. 72. Cursivas en el original.

19 *Ibid.*

20 Luis Alberto Romero, ¿Qué hacer con los pobres? Élités y sectores populares en Santiago de Chile 1840-1895, Santiago, Ariadna Ediciones, 2007, pp. 232 y 233.

21 Enrique Mac-Iver, “Discurso sobre la crisis moral de la República”, en Grez, *La “cuestión social”...*, *op. cit.*, pp. 519-528.

22 Esta matanza obrera ha quedado inscrita en la memoria del pueblo chileno como un paradigma de la respuesta represiva del Estado y las clases dominantes ante las reivindicaciones de los trabajadores. El trabajo más completo sobre este tema es el libro de Eduardo Devés, *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre: Escuela Santa María de Iquique, 1907*, Santiago, Lom Ediciones, 2002, 4a. ed. Véase también, Varios autores, *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*, Santiago, Lom Ediciones / DIBAM / Universidad Arturo Prat, 1998; Sergio Grez Toso, “La guerra preventiva: Santa María de Iquique. Las razones del poder”, en *Mapocho*, No. 50, Santiago, segundo semestre de 2001, pp. 271-280; Pablo Artaza Barrios, Sergio González Miranda y Susana Jiles Castillo, *A cien años de la masacre de Santa María de Iquique*, Santiago, Lom Ediciones, 2009.

do de bienestar a la chilena”, fue largo y sinuoso. La tardía decisión de las élites políticas de la clase dominante explica, sin duda, la combatividad y organización de los trabajadores chilenos desde el siglo XIX y su precoz conversión en “clase”, en el sentido más clásico del término, lo que les daría un perfil singular en Latinoamérica. Este fenómeno ha sido subrayado por el historiador trasandino Luis Alberto Romero, quien ha afirmado que, “a diferencia de la Argentina, por ejemplo, los trabajadores chilenos casi no transitaron la vía de la negociación, animaron centrales obreras politizadas y fuertemente enfrentadas con el Estado y dieron vida a partidos de tradición marxista tan vigorosos que en el siglo XX se convirtieron en alternativas de poder”.²³ Solo nuevas convulsiones sociales y políticas, recurrentes crisis salitreras a partir de 1914, grandes movilizaciones populares (como las de 1918 y 1919), nuevas masacres obreras (entre 1919 y 1921) y la enérgica irrupción de los militares, en el escenario político, terminaron por convencer a los representantes de la élite política que era inevitable un rediseño estratégico.

En la nueva fórmula ciertas concesiones a los trabajadores, la cooptación de sus dirigentes, las leyes sociales, los mecanismos de conciliación y arbitraje para impedir o resolver las huelgas, el diálogo y la seducción jugarían un rol más destacado que la pura represión. A cambio de ello, los trabajadores deberían comprometerse a despolitizar sus organismos gremiales, aceptar los mecanismos institucionalizados, dejar

la huelga solo como último recurso, reconocer el orden sociopolítico y expresarse a través de sus canales institucionalizados. Las leyes de contrato de trabajo para obreros y empleados, de sindicatos y cooperativas, de Seguridad Social (seguros de enfermedad, invalidez y accidentes del trabajo), de conciliación y arbitraje, de prohibición del trabajo de los menores y de creación de la Dirección General del Trabajo, aprobadas a mediados de la década de 1920, fueron el paso decisivo de un proceso iniciado casi dos décadas antes cuando empezaron a discutirse y a votarse las primeras –muy tímidas e imperfectas– leyes sociales.²⁴ La legislación social fue, como la ha definido con toda propiedad Juan Carlos Yáñez, “el último mecanismo de control del mercado laboral, cuando ya no eran efectivas las formas tradicio-

23 Romero, *op. cit.*, p. 234.

24 Véase, entre otros, Sergio Grez Toso, “El escarpado camino hacia la legislación social: debates, contradicciones y encrucijadas en el movimiento obrero y popular (Chile: 1901-1924)”, en *Cuadernos de Historia*, No. 21, diciembre de 2001, pp. 119-182; y, “¿Autonomía o escudo protector? El movimiento obrero y popular y los mecanismos de conciliación y arbitraje (Chile, 1900-1924)”, en *Historia*, vol. 35, Santiago, 2002, pp. 91-150; Julio Pinto V. y Verónica Valdivia O., *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*, Santiago, Lom Ediciones, 2001; Juan Carlos Yáñez Andrade, *Estado, consenso y crisis social. El espacio público en Chile (1900-1920)*, Santiago, DIBAM / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004, y *La intervención social en Chile y el nacimiento de la sociedad salarial: 1907-1932*, Santiago, RIL Editores, 2008.

nales de disciplinamiento de la mano de obra".²⁵ La historiografía chilena ha conceptualizado los cambios en las funciones del Estado que se consumaron durante esa década como un paso del "Estado oligárquico" u "oligárquico liberal" a los comienzos del "Estado asistencial" "intervencionista" o "de compromiso". Sin negar esas características en las nuevas funciones del Estado, pero introduciendo matices muy sugerentes, el historiador Enrique Fernández Darraz ha formulado la hipótesis de una extensión del "Estado excluyente", a través de su expansión territorial y social que implicó asumir nuevas funciones y una nueva relación con amplios sectores de la población, especialmente los sectores populares, que hasta entonces habían vivido prácticamente en sus márgenes. La expansión del "Estado excluyente" habría significado acercarlo a los trabajadores que se convirtieron en *objetos positivos* de las prácticas políticas, administrativas y legales de la élite. Este proceso habría constituido –según Fernández Darraz– una paradoja oligárquica, ya

que al aproximar el "Estado excluyente" a los obreros, estos lo vieron como una buena posibilidad de solución de sus propios problemas, socavando las bases del monopolio político de los grupos oligárquicos.²⁶

Cualquiera sea la interpretación que se suscriba respecto de estos fenómenos, es incuestionable que el talón de Aquiles del nuevo sistema siguió siendo el orden socioeconómico ya que hasta bien avanzada la década de 1930, tal como afirma Gabriel Salazar, la nueva democracia liberal no dio pasos para la construcción de un "Estado Empresarial Fabril" ni uno "Social Benefactor" sino un nuevo sistema político de equilibrio que permitiera capear una crisis centenaria, lo que explica las altas y crónicas dosis de violencia estatal, en particular contra los movimientos populares cuando estos rebasaban los límites impuestos por el *Código del Trabajo*.²⁷

Con todo, luego de una década de gravísima crisis económica, especialmente durante los años de la Gran Depresión, y de gran inestabilidad política, en que se vivió el ascenso y caída de la dictadura populista del general Carlos Ibáñez del Campo, la sucesión de varios gobiernos de corta duración incluyendo una brevísima "República Socialista" resultante de un *putsch* militar populista que gozó de cierto apoyo de masas, y otros dramáticos acontecimientos como un amotinamiento de la marinería y el levantamiento conjunto de mapuches y campesinos pobres chilenos en Ranquil (Alto Bío-Bío), el "Estado de compromiso" logró echar bases y gozar de cierta estabilidad.²⁸ La legislación laboral empezó a hacer-

25 Yáñez, *La intervención social...*, op. cit., pp. 307 y 308.

26 Enrique Fernández Darraz, *Estado y sociedad en Chile, 1891-1931: el Estado Excluyente, la lógica estatal oligárquica y la formación de la sociedad*, Santiago, Lom Ediciones, 2003.

27 Salazar, *La violencia política...*, op. cit., pp. 75-78.

28 Una extensa revisión de los acontecimientos del período 1925-1938 fue realizada por Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973)*, Santiago, Zig-Zag, vol. IV, 1996 y vol. V, 2001. Sobre la insurrección de 1931 de la marinería chilena, puede consultarse el prolijo acápite dedicado a

se efectiva, y desde la llegada del Frente Popular al gobierno en 1938 se desarrolló una estrategia de sustitución de importaciones. Las diversas fórmulas frentepopulistas implementadas entre 1938 y 1947 contribuyeron notablemente al logro de esta estabilidad y gobernabilidad sistémica, trazando una ruta que se prolongaría durante varias décadas, con algunos quiebres, discontinuidades y reformulaciones, más allá de la experiencia original del Frente Popular. Desde mediados de la década de los años treinta y hasta inicios de los setenta, el movimiento obrero y popular marchó mayoritariamente por la vía institucional, parlamentaria y gradualista escogida por los partidos mayoritarios de la izquierda. Durante los años de aplicación de la política de Frente Popular, a cambio del impulso a la industrialización dentro del sistema capitalista, la ampliación de las libertades civiles y políticas, el perfeccionamiento de la legislación social y algunos beneficios materiales para los sectores populares urbanos, la izquierda socialista y comunista optó por sacrificar los intereses del campesinado (posponiendo indefinidamente la reforma agraria y el derecho a la sindicalización de los trabajadores agrícolas), y reafirmó el tránsito exclusivo por la institucionalidad y el respeto irrestricto de los intereses de la “burguesía nacional”, que recibió un fuerte apoyo estatal a través de los planes de industrialización de la coalición gobernante compuesta esencialmente por radicales, socialistas y comunistas.²⁹

El compromiso parecía funcionar. La construcción de una nación

más integrada asomó más posible que nunca. Pero antes de una década esta política de colaboración de clases empezó a hacer agua y, a fin de cuentas, el balance de la experiencia frente populista fue magro. Como bien acota Tomás Moulian,

esas coaliciones promovieron el crecimiento industrial pero no produjeron una “revolución capitalista”, [y] generaron una mayor democratización de oportunidades pero no una “revolución democrática”.³⁰

Dos factores pesaron decididamente en su contra: el incipiente agotamiento del modelo de sustitución de importaciones, que por ser dependiente de la maquinaria y la tecnología importada no logró generar un círculo virtuoso capaz de arrastrar al conjunto de la economía chilena para

estos sucesos en un libro sobre un tema más amplio escrito por Jorge Magasich, *Los que dijeron “No”. Historia de los marineros antigolpistas de 1973*, Santiago, Lom Ediciones, 2008, vol. I, pp. 149-187.

- 29 Tomás Moulian, “Violencia, gradualismo y reformas en el desarrollo político chileno”, en Adolfo Aldunate, Ángel Flisfich y Tomás Moulian, *Estudios sobre el sistema de partidos en Chile*, Santiago, FLACSO, 1985, pp. 13-68. La idea del “gran viraje” de la izquierda está expuesta más específicamente en pp. 49 y 50. Véase también del mismo autor, *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*, Santiago, Lom Ediciones, 2006, pp. 19-142 y *Contradicciones... op. cit.*, pp. 27-39; Pedro Milos, *Frente Popular en Chile. Su configuración: 1935-1938*, Santiago, Lom Ediciones, 2008.
- 30 Moulian, *Contradicciones... op. cit.*, p. 40.

sacarla de su endémico subdesarrollo, y el estallido de la “Guerra Fría” entre Estados Unidos y la Unión Soviética y sus respectivos aliados, clausurándose la “Gran Alianza” que estas potencias habían contraído durante la Segunda Guerra Mundial para hacer frente al nazi-fascismo. La ilegalización del Partido Comunista de Chile y la persecución de sus militantes y de los dirigentes del movimiento obrero de su área de influencia, provocada por la aplicación de la “Ley de Defensa de la Democracia”, restringió sustantivamente el consenso social y político durante una década.³¹ El “Estado de compromiso” pareció definitivamente arruinado entre 1948 y 1952.

Sin embargo, la elección de Carlos Ibáñez del Campo a la Presidencia de la República en base a un programa

populista y de saneamiento moral, significó una transición hacia una reedición del pacto social y político que había asegurado la gobernabilidad hasta fines de la década anterior. La derogación de la ley que proscribía las actividades comunistas y algunas reformas destinadas a hacer más transparente los procesos electorales³² permitieron que entre 1958 y 1973 la democracia chilena alcanzara, por primera vez, *standares* más adecuados. Esa fue la “época de oro” del sistema democrático en Chile, período que ha nublado la visión de muchos analistas que han proyectado retrospectivamente el clima resultante de la democratización política y social de estos lustros hacia el resto del siglo XX e incluso hasta el siglo XIX.

Pero nuevamente el alabado sistema político chileno mostró sus grandes debilidades. La crisis económica golpeaba a la mayoría de la población bajo la forma de una inflación crónica y elevadas tasas de desocupación. Entonces, a medida que los sectores populares hicieron uso de los espacios democráticos y de las libertades conquistadas, a lo largo de un siglo de luchas sociales, el orden político comenzó a crujiar. Durante la década de 1960, las administraciones de Jorge Alessandri y Eduardo Frei Montalva hicieron frente a un creciente malestar popular utilizando cada vez más frecuentemente la represión. Las masacres de la población José María Caro de Santiago (1962), del mineral de El Salvador (1966), y de Pampa Irigoien en Puerto Montt (1969),³³ junto a la irrupción militar del “tacnazo” (1969) pusieron en evidencia la fragilidad de la institucionalidad consensuada entre

31 Carlos Hunneus, *La Guerra Fría chilena: Gabriel González Videla y la Ley Maldita*, Santiago, Random House Mondadori S. A., 2009.

32 Las reformas electorales de 1958 incluyeron la institución de una cédula única confeccionada por el Registro Electoral (que hizo casi imposible la compra de votos y el control electoral), la prohibición de los pactos a nivel provincial y la exigencia de pactos nacionales refrendados por las directivas máximas de los partidos, el castigo del cohecho con prisión inmutable y la revalidación de los electores borrados por la Ley de Defensa de la Democracia. Moulian, *Fracturas...*, *op. cit.*, pp. 169 y 170.

33 Ángela Vergara Marshall, “Represión y violencia estatal contra pobladores y mineros bajo el gobierno de la Democracia Cristiana: El Salvador (1966) y Puerto Montt (1969)” (inédito). Agradezco a su autora la gentileza de darme a conocer su manuscrito antes de publicarlo.

las clases dominantes y los representantes políticos de los trabajadores. El sistema institucional respondía cada vez más mal al ascenso de las luchas populares que, desde 1967, se expandieron y generalizaron considerablemente. Sistema político fragilizado, inflación crónica, creciente efervescencia social en un panorama internacional marcado por grandes tensiones entre la Unión Soviética y Estados Unidos y el ascenso de los movimientos de liberación nacional (especialmente africanos) y de los movimientos revolucionarios anticapitalistas en el mundo occidental y antiburocráticos en los países de Europa Oriental, fueron los principales elementos del contexto en que se enmarcó la victoria electoral que llevó a Salvador Allende a la presidencia de la República como abanderado de una coalición política –la Unidad Popular– que se proponía iniciar la transición al socialismo, a través de la vía pacífica institucional.

El sistema político chileno mostró su máxima elasticidad entre septiembre de 1970 y julio de 1971, esto es, desde la elección de Allende hasta la nacionalización del cobre aprobada unánimemente por el Congreso Nacional. Sin embargo, desde mediados de 1971 el conflicto social y político se agudizó progresivamente hasta alcanzar niveles sin precedentes desde la guerra civil de 1891. El centro político fue absorbido por la derecha golpista y se sumó a su estrategia. Los mecanismos institucionales fueron incapaces de regular el conflicto. Pero esta vez no se trató de una disputa en el seno de las élites de la clase dirigente sino de un enfrentamiento social y político

que tuvo las características de una lucha de clases que dividió a la sociedad chilena en dos bloques más o menos equivalentes. De un lado, el conjunto de la burguesía y de otros sectores que marcharon bajo sus banderas: terratenientes, gran burguesía comercial e industrial, la mayoría de las clases medias y algunas franjas del mundo popular, especialmente aristocracia obrera. En la orilla opuesta, un combativo conglomerado popular compuesto por la mayoría de la clase obrera y del campesinado, más significativos sectores del estudiantado, de la intelectualidad y de las clases medias asalariadas. La frágil construcción política democrática colapsó, producto de este enfrentamiento y de la intervención del imperialismo norteamericano.³⁴

La institucionalidad democrática mostró sus límites cuando los sectores populares intentaron hacer realidad sus sueños de justicia social mediante el cumplimiento del programa ofrecido por los partidos políticos de izquierda.

34 La experiencia del gobierno de la Unidad Popular ha sido objeto de numerosos estudios en todo el mundo. Ante la imposibilidad de citar siquiera una pequeña parte de dichos trabajos, nos limitamos a mencionar tres libros en los cuales el lector interesado en prolongar las reflexiones realizadas en este texto encontrará elementos interesantes: Tomás Moulian, *Chile actual: anatomía de un mito*, Santiago, Lom Ediciones, 1997, 1a. ed.; Luis Corvalán Márquez, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre*, Santiago, Ediciones ChileAmérica Cesoc, 2000; Julio Pinto Vallejos (coordinador-editor), *Cuando hicimos Historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, Lom Ediciones, 2005.

El gobierno de la Unidad Popular ha sido considerado retrospectivamente por muchos analistas como una experiencia condenada al fracaso. No obstante, habría que preguntarse si acaso esa no fue la última oportunidad en el siglo XX de haber echado los cimientos de una nación integrada en base a un compromiso social progresista. Pero las clases dominantes no tenían ni la disposición, ni la madurez, ni la sensibilidad para ser parte de un proceso donde el conflicto no estaba excluido, pero uno de cuyos resultados podría haber sido una nación más inclusiva. La dictadura terrorista de Pinochet fue el medio escogido por estos sectores y el imperialismo para quebrar la espina dorsal del movimiento obrero y popular y clausurar la posibilidad de un juego de alternativas de proyectos de sociedad.

Una nueva ingeniería política se gestó en la fase de declive del régimen de Pinochet como resultado de las transacciones entre los representantes de la dictadura y de la oposición moderada, conformada por la Democracia Cristiana y buena parte de la dirigencia de izquierda que había sostenido la experiencia de la Unidad Popular. De ello resultó un sistema político de “democracia protegida” o restringida, con más limitantes, cortapisas y restricciones que la que existió entre 1958 y 1973 y con mucho menos admisibilidad de

la disidencia y del conflicto social. Por ello, en nuestros días, los movimientos de protesta social son sistemáticamente negados en su legitimidad y reprimidos por el Estado.³⁵

La gobernabilidad y estabilidad de este nuevo orden se basó durante veinte años en la contención por parte de la coalición gobernante (la Concertación de Partidos por la Democracia) de las demandas sociales mediante una hábil política de desmovilización popular, práctica del clientelismo sectorial, correctivos “sociales” al modelo neoliberal y represión de los movimientos de protesta social cuando estos desbordan los estrechos márgenes de tolerancia existentes en el Chile posdictatorial. La política aplicada ha sido descrita con precisión sintética por el sociólogo Tomás Moulian como la consagración por el bloque concertacionista de “la limitación del Estado a roles reguladores, un amplio espacio para la iniciativa privada y la definición de los empresarios como los sujetos históricos de la nueva sociedad”.³⁶ El contrapunto de la diversificación de las exportaciones, las tasas de crecimiento económico sostenidas, la alta inversión extranjera y el reconocimiento internacional de Chile como un país modelo es la mercantilización total de la previsión y de las empresas de “servicios públicos” (agua, electricidad, gas y teléfono), “una amplia mercantilización de la educación y de la salud y la total transformación de la fuerza de trabajo en una mercancía como cualquier otra, cuyo precio no es la resultante de la capacidad de organización y de fuerza política sino es colocada por un mercado que demanda cada vez más flexi-

35 El análisis global más incisivo sobre la sociedad chilena posdictatorial es la célebre obra de Tomás Moulian, *Chile actual: anatomía de un mito*, op. cit. Este libro, rápidamente convertido en un clásico, ha sido objeto de más de treinta reimpressiones

36 Moulian, *Fracturas...*, op. cit., p. 272.

bilidad".³⁷ A lo que habría que agregar la irreductible mantención de la desigualdad social, que ubica a Chile –a pesar del progreso económico– como uno de los países con peor distribución del ingreso del mundo.³⁸

La asimilación de la ideología neoliberal por parte de los antiguos opositores a Pinochet, que asumieron el gobierno a partir de 1990, su política de coadministración con la derecha clásica y la legitimación por parte de la Concertación Democrática del modelo neoliberal y del gran empresariado, como el principal sujeto histórico, terminaron por borrar las diferencias entre los bloques hegemónicos en la conciencia de vastos sectores de la población. Un resultado de esta política ha sido la elección a la Presidencia de la República de uno de los principales magnates chilenos en brazos de la alianza de derecha tradicional, que, por primera vez en más de cincuenta años, logró unirse a uno de los suyos en la máxima magistratura de la República por medio del sufragio universal.³⁹

En este contexto, el Bicentenario ofrece algunas similitudes fundamentales con la situación imperante en el Centenario. Al igual que entonces, la economía chilena no logra escapar al patrón primario exportador, y el Estado y las clases dominantes gozan de una prosperidad sin par. Aunque en la actualidad los niveles de pobreza son muy inferiores a los que existían en 1910 y los índices de calidad de vida de la mayoría de la población son muy superiores a los de hace un siglo, la desigualdad social se mantiene inalterable y se cierne como una sombra sobre la

tan anunciada unidad nacional. A decir verdad, fuera del ámbito simbólico, la inmensa mayoría de la población del Estado nación República de Chile no tiene razones objetivas para celebrar los doscientos años de una arquitectura política resultante de imposiciones de la fuerza militar, conciliábulos y transacciones de las cúpulas políticas sin participación significativa de la ciudadanía, salvo en situaciones excepcionales cuya repetición desea ser descartada a toda costa por la clase política.⁴⁰ El Bi-

37 *Ibíd.*

38 Según el informe 2009 del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), la relación entre el ingreso per cápita del 10% más rico de los hogares y el ingreso del 10% más pobre de los hogares chilenos, es 26,2 veces. Traducido en los términos del Índice de Gini, que fluctúa entre 0 y 100, representando el 0 la línea hipotética de igualdad total y el 100 la desigualdad total, Chile se sitúa en un coeficiente de 52,2, uno de los peores del mundo. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *Informe sobre Desarrollo Humano 2009. Superando barreras: Movilidad y desarrollo humanos*, Madrid Mundi-Prensa Libros, 2009, p. 209. La versión electrónica se encuentra disponible en: http://hdr.undp.org/en/media/HDR_2009_ES_Complete.pdf.

39 Sebastián Piñera, el nuevo Presidente de la República elegido en enero de 2010, es dueño de una fortuna evaluada en unos 1.200 millones de dólares, lo que lo sitúa en el puesto 701 de las personas más ricas del mundo según la clasificación Forbes 2009.

40 Sobre el carácter no democrático de los procesos constituyentes en la historia de Chile, véase, Sergio Grez Toso, "La ausencia de un poder constituyente democrático en la historia de Chile", en el libro de diversos autores, *Asamblea Constituyente. Nueva Constitución*, Santiago, Editorial Aun creemos en los sueños, 2009, pp. 35-58.

centenario es, por excelencia, la festividad de los principales beneficiarios del sistema económico y político: las clases dominantes y los administradores del sistema político.

La gran masa popular será, sin duda, convocada y se sumará al jolgorio inducido por los medios de comunicación y los aparatos de propaganda del Estado y de otras instituciones interesadas en la operación política denominada Bicentenario. Cuando hace cien años Chile se aprestaba a festejar el primer Centenario del Estado-nación, el más destacado dirigente obrero de aquella época, Luis Emilio Recabarren nos dejó una descripción de una situación que veremos repetirse en nuestros días:

Pero, decidme la verdad, ¿en qué consiste la participación del pueblo en todas las grandes festividades? ¡Ah!, vaciláis para confesaros la verdad! La mayor cuota que el pueblo aporta en

estas festividades consiste en embriagarse al compás del canto y en embriagarse hasta el embrutecimiento que los conduce a todas las locuras.

Pero esa embriaguez es un progreso. Si ella proporciona al pueblo abundancia de miserias, en cambio a los productores de licor y a los intermediarios les produce torrentes de oro ganado a costa de la corrupción. ¡Verdad que esto es muy triste! Es por todo esto que he dicho que yo no siento entusiasmo espontáneo para festejar el Centenario de la República que ningún bien de verdadero valor moral ha producido para nosotros. Que se regocijen y se entusiasmen los que han aprovechado y aprovecharán del progreso y que sean siempre felices son mis votos.⁴¹

A modo de conclusión

La reflexión de Recabarren en el Centenario guarda mucha validez en el Chile actual. Sus votos para que en el segundo siglo de vida de esta República fuera una era de verdaderos progresos morales que aseguraran el triunfo de la igualdad social, no surtieron efecto.

A pesar del discurso oficial del éxito económico y de la modernización, aún no se encuentran las bases materiales, culturales, institucionales y políticas para lograr una nación más inclusiva. El país construido en el siglo XX (y en lo que va corrido del siglo XXI) se parece en muchos aspectos al del siglo XIX. La nación sigue viviendo un porfiado desgarramiento estructural. Chile está muy lejos de alcanzar niveles aceptables de cohesión social.⁴² En vez de la democracia oligárquica de comienzos del siglo XX, existe una democracia libe-

41 Luis Emilio Recabarren, *Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana*, Texto de una conferencia dictada en Rengo, Chile en la noche del 3 de septiembre de 1910, en ocasión del Centenario de la Independencia de Chile, Santiago, Imprenta New York, 1910. Este folleto se encuentra reproducido íntegramente en Cristián Gazmuri edit., *El Chile del Centenario, los ensayistas de la crisis*, Santiago, Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile, pp. 262-285. La versión electrónica está disponible en: <<http://www.marxists.org/espanol/recabarren/3-ix-1910.htm>>.

42 Poco después de presentada esta reflexión se produjo el terremoto y tsunami del 27 de febrero de 2010, que reveló con particular dramatismo la falta de cohesión social de la población chilena. La mayoría de los análisis críticos han explicado la par-

ral de baja intensidad que convoca a sus ciudadanos solo para legitimar decisiones tomadas en un marco de restricciones interiorizadas por el ejercicio del poder tutelado. La apatía y rechazo de la población chilena a la política institucional y los políticos profesionales, expresada en todas las encuestas de opinión pública y en los millones de ciudadanos no inscritos en los registros electorales, se explica esencialmente porque las soluciones a los problemas económicos y sociales han sido despojadas de su contenido político, presentándose como eminentemente técnicas, ya que los fines de la sociedad no pueden ser cuestionados o discutidos.⁴³ Los movimientos sociales (exceptuando el movimiento nacional mapuche) aún son débiles y dispersos, no son solidarios entre sí y su nivel de politización es, por regla general, muy bajo.⁴⁴ Solo las campañas electorales provocan efímera y débilmente la ilusión de que la política vuelve por sus fueros a nivel de la masa ciudadana. Pero es solo un espejismo. Los poderes fácticos y los administradores del sistema velan porque todo se mantenga así. Una vez más la ingeniería política parece haber dado en el clavo.

Ya van veinte años de estabilidad de la nueva arquitectura política, lo que hace proclamar a muchos analistas el éxito de esta laboriosa fórmula. Si bien es cierto que desde 1925 Chile no conoció un período tan largo sin intervención militar, sin dictadura o sin leyes de excepción que declaren ilegales a ciertas organizaciones políticas, las dos últimas décadas de democracia tutelada de baja intensidad representan apenas dos tercios del período que medió en-

tre 1860 y la guerra civil de 1891 y un porcentaje aún menor del que transcurrió entre el desenlace de ese conflicto y 1924, cuando la fuerza armada nuevamente dirimió la disputa política. La actual construcción política aún no ha pasado por pruebas muy difíciles. Sus principales beneficiarios se aprestan a festejar tranquilos el Bicentenario.

ticipación de numerosas personas en los saqueos que se produjeron poco después de los movimientos sísmicos, como la resultante directa de la gran desigualdad social y de la drástica aplicación modelo neoliberal, que ha promovido un individualismo exacerbado y ha destruido las redes asociativas populares, anulando, de este modo los controles sociales más efectivos, resultantes del libre consentimiento. Véase, entre otros, el artículo de José Luis Ugarte, "Nuestros bárbaros", *La Nación Domingo*, Santiago, del 7 al 13 de marzo de 2010; y el excelente texto de los integrantes del Centro de Alerta e Investigadores del Observatorio Chileno de Políticas Educativas (OPECH) / Universidad de Chile, Daniel Brzovic, Rodrigo Cornejo, Juan González, Rodrigo Sánchez y Mario Sobarzo, "Que se derrumben los sentidos comunes y se reconstruyan las comunidades: Reflexiones a partir del terremoto y maremoto en Chile", Santiago, 11 de marzo de 2010, en <<http://www.piensachile.com/content/view/full/6797/5/>>.

43 Desde fines de la década de 1990 cada vez menos personas participan en las elecciones, y 31% de los chilenos en edad de votar ni siquiera están inscritos en los registros electorales.

44 Una reflexión sobre los movimientos sociales en la actualidad en Pedro Armendaris, "Entrevista a Sergio Grez, ¿Hay movimiento popular en Chile?", en *Punto Final*, No. 691, Santiago, 7 al 20 de agosto de 2009, pp. 20 y 21. Versión electrónica disponible, entre otros sitios web en: <http://www.elclarin.cl/index.php?option=com_content&task=view&id=17865&Itemid=2729>.

GUAYQUICHUMA: EL SOL DE VERANO

Rodrigo Murillo Carrión*

Antecedentes

Hace 18 años hicimos la primera visita al sitio; su mayor parte aún se encontraba cubierta de bosque, dejando perceptibles solamente algunos espacios que llamaban la atención. Eran evidencias de las estructuras principales de un gran complejo arqueológico: Guayquichuma, localizado en la parroquia Huertas del cantón Zaruma, a unos 2.000 msnm. Existió durante el tiempo mágico, frecuentado por espíritus atribuidos a ríos, lagunas, cerros y todo fenómeno climático inexplicable: un conjunto de creencias, que hacen la religión o su experiencia primitiva, el “animismo”; un sistema, el “panteón” de seres sobrenaturales encarnados en cada hecho natural. La ciencia tiene la difícil tarea de dar luces sobre asuntos de magia y superstición; es decir, sobre aquello que la propia ciencia niega.

Siendo nuestra intención apegar nos más al aspecto afectivo, mágico, a la identidad de nuestros pueblos, no es difícil admitir vinculaciones del mundo sobrenatural con la estricta frialdad de lo terreno. En todo caso, la arqueología no puede estar desligada



del tratamiento de los mitos, leyendas, magia y tradiciones que se inspiran en los fenómenos inexplicables, tanto para los hombres de la antigüedad, como para los actuales, provistos de tanta tecnología. En ambos casos, el rigor de la ciencia no enfría la pasión que debe emanar de un estudio histórico-arqueológico. Al fin de cuentas, la asignatura es indispensable para mantener encendida la fuente del civismo, de la nación con su compleja red de identidades. Debemos intentar una aproximación al conocimiento. “Aunque la explicación total de la historia sea una quimera, no por ello debemos caer en un escepticismo absoluto”; porque, además, “hemos de estar alerta para procurar que la lógica de las situaciones no nos incite a considerar como una ley lo que no es sino una interpretación de una evolución par-

* Antropólogo de la Universidad Técnica de Machala.

ticular" (Gombrich, *Breve historia de la cultura*, pp. 103-130).

Nadie puede visitar un sitio arqueológico –repleto de misterios, enigmas de difícil solución, levantado en un marco multicolor de cerros, nubes, horizonte y vegetación– y no sentir el embrujo, la embriaguez complementaria de su vista impresionante. Esto nos ha pasado aún después de 18 años; no perdimos la fascinación de contemplar las ruinas, sobre todo ahora que se muestran con mayor generosidad. De lo visto intentaremos presentar una descripción con fines informativos, puesto que los datos científicos que acompañaremos corresponden al arqueólogo Jaime Idrobo, quien hizo un estudio más amplio del sitio.

Guayquichuma está emplazado en una loma de ligera inclinación, disfrutando un clima templado, fresco aunque brille el Sol. Hay –visibles– unos diez niveles o pisos, a manera de grandes escalones, que sirvieron de soporte a estructuras –probablemente– habitacionales o de aposentos donde se efectuaban actividades diversas; lo cual equivale a señalar que los cubículos fueron diseñados y construidos según las funciones que cumplían. A las espaldas del conjunto se levanta una pared gigantesca de roca, como un acantilado, capaz de impedir cualquier tipo de acceso a eventuales advenedizos. Pudo ser una barrera protectora.

De la verticalidad que alcanzan los cerros en este lugar pueden dar un mejor testimonio los mineros que se internan en la cordillera –más arriba de Guayquichuma– durante meses

continuos, hasta cuando reúnen el mineral que los devuelve a casa. En ese momento descienden por faldas impredecibles, venciendo el vértigo, paso a paso previniendo caídas que serían letales. Asombra ver estos descensos, por las paredes de roca y tierra: mineros que antes fueron campesinos, halando las riendas de mulas con su carga mineral.

Volviendo a las ruinas, están hechas de piedra parcialmente tallada, formando muros bastante deleznable al momento, y ordenados uno sobre otro a manera de un gran edificio en forma piramidal. Los muros pueden variar de altura, que va desde unos 60 cm hasta 2,8 m., dando forma a superficies cuadrangulares de hasta 20 x 20 metros, en lo que serían los aposentos más grandes. La mayoría tiene tamaños menores; de 3 x 4 m y 2 x 3 m. No se podrían establecer dimensiones de aposentos siguiendo un tipo estandarizado, de lo cual inferimos que debieron estar dispuestos para cumplir funciones variadas: vivienda, administración, culto, estrategia militar.

Primeros niveles y caminos

En nuestra corta permanencia establecimos diez niveles: los tres primeros –si contamos desde lo que sería la base– son más o menos regulares, de 3 x 4 m, con muros de hasta 70 cm de altura. Hacia el flanco sur oeste se observa aquella estructura mencionada, de 20 x 20 m (talvez la más amplia de todas), con una altura que, sin embargo, no supera los 30 cm. Un poco más hacia el extremo sur de ésta se desliza



Muros medianos

el camino empedrado, bastante angosto, bordeado de muros altos (80 cm) y formando una línea recta ascendente, en sentido este-oeste. Para acceder a este “lujoso” sendero hay una especie de entrada abierta en el muro, acompañada de rocas dispuestas a manera de control. Desde aquí otro tramo del camino gira y se pierde hacia el occidente, luego de varios centenares de metros, sin presentar los detalles y sutilezas del sector anterior.

Cabe señalar que atrás de lo que llamamos la espalda de Guayquichuma (hacia el poniente) existe la red de caminos que comunicaba –aún lo hace en casos de extrema necesidad– la costa y la sierra australes. Es el sector denominado Otorongos, Corredores y Salapa, al que perfectamente podría estar articulado este camino, cuyo inicio arrancaría en los “altares de Guaquichuma”. Ese camino vertical, empedrado y vistoso, termina en la estructura superior de Guayquichuma, justo donde encontramos un hermoso monolito tallado, indicador firme de la actividad sacerdotal que allí se desarrollaba, como anotaremos más adelante.

Sendero entre murallas

Continuando nuestra descripción de los niveles, a la vera del camino encontramos un muro de 2,8 m, el más alto de todos. Sobre éste hallan soporte dos pisos de menor magnitud, y sobre ellos dos o tres más, las bases de pequeños cubículos de 2 x 2 m. Nos sometemos a la forzosa obligación de anotar con escasa precisión si en un mismo espacio existieron dos o tres habitaciones, por el desorden en que se hallan los muros. La reconstrucción total del sitio sería un trabajo que tome varios meses de trabajo exhaustivo.

Observaciones estelares

Lo más extraordinario de lo que aún resta en Guayquichuma es una piedra tallada en forma de obelisco rectangular, que se conserva casi en perfecto estado. Un monolito de 1,20 m, muy pesado, aunque al momento esté derribado sobre las piedras que le sirvieron de base. Está perfectamente alineado con una abertura del cerro, a manera de cuna, que se observa al fondo de la cordillera, en el lado opuesto y más lejano de nuestro sitio. Según Idrobo, en esa hendidura aparece el Sol exactamente el día del solsticio de verano: 24 de junio. Esta perfecta talladura está emplazada en lo que –hasta el momento– podría considerarse el último nivel de estructuras, desde donde se logra una mirada amplia y maravillosa del horizonte. En el punto más alto y angosto de Guayquichuma un monolito que mira de frente al Sol

en un día especial del año. Algo sobre lo cual hay mucho que debatir.

Monolito

Más arriba se levanta la colosal mole de roca, algo parecido a una gran espalda que protegía de cualquier intrusión a los antiguos dueños del poblado. También pudimos registrar –sin obedecer a orden aparente en su posición actual– una roca tallada a manera de proa con su punta levantada, algo como para atar cualquier cosa pequeña. Hay además lo que parecen otros monolitos, tallados en forma rectangular y/o triangular, dispuestos en otra dirección, quizá a causa de movimientos realizados por hombres de nuestro tiempo.

Pese a cualquier duda semántica o gramatical, se colige el destino que tuvo Guayquichuma para la producción agrícola, conociendo el ciclo de las estaciones. Agregándose a todo esto la especialización que pudo haber logrado, al desarrollar técnicas para la fecundación de especies vegetales nuevas, si nos atenemos a las afirmaciones de Idrobo, quien encon-



Observaciones estelares



Piedra tallada en forma de "proa"

tró el "anfiteatro", un círculo labrado en la tierra con pequeños escalones que seguían la misma circunferencia, el cual habría servido para experimentar cultivos y adaptaciones.

Aquel círculo –con más precisión– aquellos círculos concéntricos eran notorios hace algunos años. De manera lamentable, actualmente, ya casi no es posible identificar el anfiteatro, su lugar ha sido ocupado por el ganado que paca en las invernadas. Sus pesadas huellas han borrado casi completamente las otras huellas, las ancestrales, de una ciencia experimental. Apenas se divisa un ligero arco, solo para señalarnos el peligro a que nos lleva la desidia y el abandono del patrimonio, nuestra sabiduría ancestral.

Es de vital importancia resaltar que una gran área de cerros colindantes a Guayquichuma conserva una profusa sucesión de terrazas agrícolas de formación aborígenas. Se hace innegable la importancia productiva de la región, tomando en cuenta que hasta la actualidad (año 2010) todavía mantiene el vigor y la riqueza de sus tierras, ahora más ligadas a la ganadería y a la producción de una leche de la mejor calidad y un exquisito sabor.

Destaca y casi sorprende la relativa proximidad –un poco más de diez

km en línea recta- desde Guayquichuma a los cerros Chilola y Portete, partes del dominio que se atribuyen los actuales habitantes de Chilla, autodefinidos de origen Maya. Y es que muy cerca del Chilola se encuentra la gran “Pirámide” de Chilla, otro sitio arqueológico de mucha importancia en nuestra región. La distancia que separa estos sitios es recorrida por jóvenes de la defensa Civil en un ejercicio de 10 horas; escalando los filos de la cordillera, en cuya ruta existe una sola pendiente, muy dura de seguir. Se diría que el paisaje y el sendero ideal para un caminante de la Época Aborigen, diestro en recorrer cumbres altas. A nosotros nos faltaría desde el oxígeno hasta la resistencia para caminarla, aunque nos sobre voluntad.

En lo referente a la cerámica, ésta es abundante en la superficie, con características completamente ordinarias, de configuración gruesa, tosca, con mucho desgrasante y casi nula decoración. Al no tener permitida la prospección, hemos podido observar varios fragmentos: alguno con pintura negativa (negra) brillante; muchos tiestos gruesos, y una base con marcas lineales formando una cruz griega, como para sostener en equilibrio a la vasija; también observamos un fragmento de hacha con forma casi cuadrada, de 8 x 8 cm. Nos han informado acerca de varias colecciones personales, acumuladas a lo largo de mucho tiempo de hallazgos casuales. No es posible estudiarlas por el celo de sus propietarios. La cerámica según Idrobo está identificada con Tacalzhapa, fase cultural precursora de lo que sería el gran Reino Cañari.

La región es un acertijo para la ciencia, conformada por varios sitios monumentales: Guayquichuma, Yacuvuña, como arietes; Chilla, Tocto, Guartiguro, Paltacalo, la retaguardia, forman un conglomerado de sitios arqueológicos levantado en la cordillera, antes de que pierda altura y se precipite a la costa. Constituyen la avanzada de un gran señorío serrano –probablemente con filiación cañari-, para los contactos con el litoral y sus productos especializados, de manera particular aquellos que vienen acompañados de magia y portentos para la agricultura: Spondylus, la concha prodigiosa.

Huertas y el sendero de Guayquichuma

Ya no es muy difícil llegar al complejo arqueológico; ahora puede recorrerse –muy rápido– una carretera bien afirmada de 12 km, que nos deja a la entrada de la hacienda, desde donde empieza el ascenso hasta el sitio. No son más de dos km, aunque tienen mucha pendiente, por lo que hace falta un poco de resistencia para subir. El regreso es un salto si no hay problemas de meniscos. Y si la voluntad de aventura persiste, además de las fuerzas, se puede llegar a la cascada del río Salado, un velo de agua que tiene unos 100 metros de largo, capaz de transformarse en vorágine durante el invierno. Puede accederse también al sitio que llamamos “menor” (no tiene nombre), haciendo una travesía casi exactamente igual a la del primer avance. Así de enriquecedora es la experiencia de visitar los campos y sus tiempos en la provincia de El Oro.